
3 1761 07291342 9

LO QUE FUÉ...

POESÍAS



HORACIO F. RODRÍGUEZ

LO QUE FUÉ...

POESÍAS

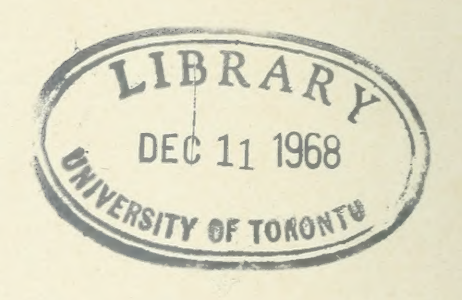
Prólogo del Dr. David Peña



BUENOS AIRES

274832 — Talleres de la Casa Jacobo Peuser

1913


LIBRARY
DEC 11 1968
UNIVERSITY OF TORONTO

PRÓLOGO

Aun materializado por el pincel de Rafael en una de las ventanas del Vaticano, en la galería de su nombre, el « Monte Parnaso » causa la impresión de su belleza dramática, aunque nunca como la tienen sus simples contornos en el reino de la imaginación. El joven dios Apolo, padre celestial de la poesía, con su plectro de oro, está en el centro del cuadro, con su griega vestidura, sentado sobre una de las mesetas del florido monte; y, á uno y á otro lado, agrupados con respeto ó discurriendo en vagos pero inmediatos giros, vénse á los poetas de consagración universal. Allí Homero, Píndaro y Virgilio; Horacio, Tíbulo y Dante; Petrarca, Ariosto y también Corina y Safho. Más allá poetas dispersos, como dioses menores de la constelación.

Este monte, región de los poetas, es la culminación del alma humana. No se conciben en él riquezas ni soberanías ni otros laureles que los

de la gloria inmarcesible del canto. ¿Cómo podría admitirse una testa coronada, ni un manto de armiño ni una fúlgida espada?

Allí mora la luz diáfana y pura que cae del fanal mismo de los cielos; el aire fresco y manso; la armonía lejana de la susurrante floresta; la plácida calma de la vida.

Tal el símbolo que el mundo moderno tiene de la herencia espiritualizada de una edad inprecisa, de un momento dado, pero confuso, cuyo nacimiento no se acierta á fijar en la historia de los hombres; edad, momento en que la poesía se posesiona de la inteligencia y del corazón de la humanidad, conduciéndolos benignamente á un destino elevado y digno, superior al que le señala la religión interesada, la moral medrosa ó la reflexión calculadora y fría. A este símbolo terreno concurren todos los siglos anteriores á Grecia y posteriores á su mitología. Por eso la reproducción que de él hace Rafael será siempre aminorada y por eso causa la repentina impresión de un anacronismo ingenuo dentro de la genialidad que ha querido unir la poesía antigua y la moderna alrededor de las musas.

Es cierto que la poesía floreció en Grecia como en su patria de adopción más feliz; pero antes se la cultivó en el seno de todos los pueblos asiáticos sobresaliendo entre estos los indios, los persas y en especial los árabes. Los hebreos se valieron de la poesía para la expresión de toda belleza moral, como los escultores del buril. Lo

heroico tuvo en ella su único instrumento de perduración como el hierro lo fuera para la realización de la epopeya.

No es posible fijar la fecha del origen de la poesía. Se pierde y se dilata como otra inmensidad inconmensurable, tanto como la del infinito mismo. Ninguna religión antigua se la apropia. La Biblia no le señala un punto exacto de nacimiento, ni un siglo determinado, ni un suceso como eclosión.

David la emplea en sus salmos frente al arca; pero todo el libro de Job es un libro de poesía y Job canta catorce siglos antes que Jesucristo.

La poesía es como una esencia del mundo, anterior al hombre y á cualquier religión. Debió existir en el primer germen de vida, como otra fuerza fecunda diferente á las demás, llena de poder ella misma para trasmitirse en diversa forma dentro de las cosas materiales pero unida á estas por su propia atmósfera. Anterior á la gestación universal quedó en la obra como el espíritu inmanente de la creación entera, apta para sobrevivirla por su naturaleza inmortal.

El poeta no es más que un evocador de la poesía, como el pintor lo es de la luz y el músico de la armonía; mas, sin pintor, músico ó poeta, flotarían en el mundo de la belleza, color, sonido y verbo alado. Al poeta, empero, se debe, la fijación de lo incorpóreo, á la palpitante, vibrante, orgánica vida real. El espíritu impalpable é invisible toma el contorno sutil y luego la consis-

tencia y luego la eternidad de la obra dinámica. ¿Dónde estaba hace un instante la sensación de una belleza espiritual? Un verso la ha sacado de de entre los aires y las sombras y la ha entremezclado para siempre con las fibras de las almas. El poeta es el dios del pensamiento y del corazón del hombre. Cantor que graba una sensación placentera en la vorágine del mundo psíquico es como el rayo que alumbra una ola, en noche horrenda, fijándola en la retina de los náufragos.

El poeta que penetra mayormente al alma de las naciones es el que realiza más cumplidamente su doble fin de filósofo y de artista. Homero está sobre todos los poetas porque cantó cosas humanas, trágicas y graves, todas útiles para el conocimiento de los hombres, inmortalizando desde el drama hasta el actor con el irresistible influjo de la Belleza insuperable. Él resume la labor del sacerdote en la tribu, del historiador en el papiro, del profeta en el seno de las multitudes peregrinas; y de él descenderán, como afluentes, todos los trémulos cantores de la Edad Media: los trovadores errantes del Languedoc, el coplero de montaña, el joven provenzal, la niña veneciana de copiosos cabellos; las huries orientales vagabundas al rayo de la luna y el ciego bardo profético y rugiente, anunciador de maldición como los truenos.

El poeta contemporáneo no tiene los mismos asuntos de los de otra edad para su lira, porque todo evoluciona dentro y fuera del espíritu hu-

mano: el campo de batalla está cubierto de sembrados, no de sangre: á los funerales del héroe ha sucedido la epopeya civil del estadista. Mas. es eterno un tema surtidor de perpétua inspiración: el dolor, fruto de las pasiones, del error y de la miseria de que estamos formados todos los seres. El poeta no puede cantar otro dolor que el de su tiempo, ya que el dolor mismo, cuando tiende á reproducir la angustia colectiva, ha de sonar en su timbre propio. ¿Podría entonarse hoy el lamento de la esclavitud, como en la hora de Varela ó admitirse el apóstrofe dirigido al tirano por el laúd de Mármol? Andrade canta la desesperación del espíritu en la personalidad de Prometeo porque ella es permanente; Gutiérrez las infinitas ternuras del alma acongojada en la madre, en el huérfano, en la hermana de la caridad. El poeta ha de ser siempre el reflejo fiel del momento social que él transporta por entre las cuerdas de bronce de su lira, pues por sus cantos ha de correr la versión de un instante histórico más que el estado del alma del cantor.

❖

Aquí estamos en presencia de un pájaro muerto en sus primeros gorjeos. por la impiedad de su destino. ¿Porqué se apagó tan pronto la vida de Horacio F. Rodríguez? ¿Porqué...?

El era poeta en toda la integridad de esta palabra divina y excelsa, filosófica y humana. Había

nacido con la delicada contextura que dan los cielos á sus emanaciones y con la visión fuerte y clara de los privilegiados de la tierra. Tenía todas las cualidades del ser inteligente. creador y superior. ¿Adónde habría llegado en su obra de pensamiento si al posarse en la rama, próximo á su nido. no lo hubiera atravesado la mortífera saeta?

En el poema de Turgueneff. la Naturaleza no se apiada del hombre más que de los demás animales: y las palabras Justicia y Verdad no logran distraerla de su preocupación de compensar con igual fuerza las patas traseras de la pulga.

Pero. en el reino humano. superior á todos, la desaparición de un poeta joven es una desgracia pública. pues por lo mismo que es joven su pérdida se mide con la ecuación de lo desconocido, siempre misterioso y grande. ¡Los poetas jóvenes! No es aplicable á ellos la canción que los antiguos entonaban á la muerte de los niños, favorecidos de esta suerte por los dioses, porque el poeta es en sí una armonía que no puede ser interrumpida por ningún sentimiento de cálculo en la porción de desventura que le esté asignada. Poeta es dolor en sí: es sufrimiento, es martirio. Belisario eterno, ciego é infeliz, dejémosle cruzar por entre la caravana inacabable. que de él sacarán alientos para su flaqueza los demas erráticos peregrinos de la escabrosa senda... Dejémosle proseguir y trazar la parábola completa porque es el abanderado de las milicias del Señor! Cuan-

do un poeta joven muere, se detiene el curso de una corriente cristalina y fresca entre el verdor de un bosque. La vaga armonía de ese bosque se suspende y corta, y hay como la repentina y brusca cesación de la luz temprana, huyendo del cenit al horizonte. No puede ser indiferente y no es jamás la desaparición de un poeta joven del seno de una de nuestras sociedades modernas, porque él es como el ritmo de la campana blanda del descanso, de la meditación y de la paz dulcísima del alma, más apetecible cuanto es mayor el fragor de la contienda. La sensación de la bondad se acaba á la muerte del poeta que es el pastor que tañe no distante del rebaño y del aprisco: su repentino silencio deja oir en seguida el aullido de los merodeadores lobos que se acercan en tropel. Un poeta joven que muere es un vigía que cae de la elevada torre á cuyo pié dormíamos. ¿Quién velará nuestros sueños?

Horacio F. Rodríguez no nos deja sino un pedazo de arco de su obra, bastante á señalar la intrepidez del vuelo de toda la circunferencia. Pero si las generaciones del porvenir no podrán juzgar al obrero sino por esa porción de la inconclusa cúpula, los que lo conocimos y amamos y vivimos un minuto en las fibras delicadas de su ser, tendremos hasta el fin de nuestros días la extraordinaria influencia de su tenue psiquis para transparentarlo en todas y cada una de esas evocaciones del alma, intensas y á la vez desfallecientes como lo son las tintas del crepúsculo.

Y ese vago esparcimiento que nace de los recuerdos de una personalidad, envuelta en los perfumes y tristezas que emergen de su memoria, como vaho de cofre antiguo guardador de santas reliquias, es la perenne apoteosis, la más noble, la más pura, la más dulce, la más grave, la más honda que nos es dado ofrecer al hombre y al poeta...!

DAVID PEÑA.

Buenos Aires, Noviembre de 1913.

HIMNOS

Canto á la Belleza

« Lætitia alta, atques ex alto veniens... »

SÉNECA.

Foco de eterna luz; excelsa llama
que en suavísimas ondas te difundes
por la amplitud inmensa de los orbes
como el soplo de Dios; fecundo río
que en mansa ondulación, como la vida,
por misterioso cauce te dilatas;
yo te siento doquier: en la apacible
serenidad de los tranquilos cielos,
donde tu trono alzaste sobre nubes
de mágico zafir; en la riente
flor de los prados; en la voz amante
de la mujer; en el candor dichoso
de la inocencia angelical y pura;
y te siento, más honda y más arcana,
germinar en mi propio pensamiento,
ara de tu esplendor, casta belleza.

Con recóndito afán desconocido,
tu irradiación buscó mi fantasía
el éter vago alígera surcando
hacia la cumbre donde excelsa moras.
¡Celestial embeleso!... A tu secreta
caricia despertó de su profundo
letargo el corazón, que tú encendiste
en fuego de vivísimos afectos,
porque es amor tu fuerza soberana;
y en mi mente, que extática seguía
tu lumbre hermosa, el ideal fijaste
de la divina perfección, de aquella
que es como fuente de perenne gracia.
Yo entonces vi tu alcázar asentado
en la ciudad de Dios, cual maravilla
que su diestra firmísima sustenta.
Allí un sol de grandeza y poderío
con áurea pompa y majestad recorre
la cerúlea extensión, vida y aliento
comunicando á todo lo creado;
allí envuelve el amor en sus efluvios
los invisibles átomos errantes,
y reina inmarcesible la harmonía,
flor de alta prez en huerto deleitoso
que embalsama con hálito profundo,
como incienso de mirra, los espacios,
al rumor de la música inefable
que las harpas angélicas levantan.
Al acercarme á tu recinto augusto
de rodillas caí; bañó mi frente
tu destello, y en él transfigurado

alcé los ojos y admiré la gloria
de tu beldad, como los cielos pura,
como la luz de las estrellas casta.

Centro de claridad y de harmonía;
resplandeciente y venturoso asilo
del que en tristeza y soledad fallece
sobre el mundo infeliz; dulce belleza
de mi constante afán, engendradora
de todo humano bien: tú que redimes
el corazón del mísero y su alma
serenas en tu luz, de Dios venida,
haz que otra vez los ojos que te vieron
en tu arrebol beatífico se aneguen,
que si tu llama fúlgida lo alienta
con alto vuelo ascenderá mi numen;
yo digno soy de que mi canto inspires:
he nacido en Atenas y en mi lira
los ritmos duermen de la lira griega.

Belleza, de mi espíritu señora,
¡cuánto diste á mi pecho acongojado
suavísimo consuelo!... ¡Cuál suspendes
de admiración el ánimo y elevas
á más noble región el pensamiento!...
¡Cómo, vencida á tu perpetuo encanto,
culto sin fin la humanidad te ofrece!
Todo lo celestial, lo que emociona
nuestro ser blandamente y lo embelesa,
todo lo que hace amar tiene tu sello;

y ostentando primores infinitos
eres gala en la flor, nimbo en el astro
y alborada en el verso del poeta.

¡Soberano poder de la hermosura!
Tú estás en aquel dulce sentimiento
que el hombre guarda en el selecto vaso
del corazón, como inmortal tesoro;
en la idea, que libre como el ave,
como ella audaz la inmensidad recorre;
tú esmaltas de cambiante maravilla
el lujoso atavío de las selvas,
el rojo de los mágicos ponientes,
la triunfal explosión de las auroras;
y en las obras del genio reproduces
el fulgor de los soles y los iris
que vuelca con magnífico derroche
la opulenta paleta de los cielos.

¿Qué fuera, en el rodar de las edades,
la creación sin ti? Páramo yerto,
desamparado y triste como el alma
en que murió el amor; viudez llorosa
de la alegría y de la luz; no prende
en la arena infecunda el verde gajo,
ni en nuestro pecho el ideal si niegas
al corazón tu bienhechora linfa.
Te encarnó el arte en mármoles gloriosos,
y al noble triunfo del cincel pagano
la forma helenizó, como perfecto
arquetipo inmortal de la hermosura.

No te adoró el artista por humana
ni persiguió tu luz entre impurezas
de la mezquina realidad: el genio
es semejante al águila que ansía
volar al Sol para beber su lumbre:
y, enamorados de tu ritmo augusto,
ni Homero ni Beethoven te buscaban
con los bajos sentidos de su cuerpo,
pero en la cumbre de soberbia idea
tu rayo prefulgente columbraron.

¿Qué esencia te infundió la soberana
creadora Bondad? Acaso alientas
su poético espíritu armonioso,
y perdurable amor almas y seres
de tí reciben con su eterno hechizo,
que al mágico poder de tu conjuro
Eros nació para encantar los orbes.

Cual virginal encarnación de un sueño
esparces el perfume de tus galas
en el espacio azul en que te meces;
hay en tu faz de nácares divinos
aquel albor con que se inicia el día,
y en la euritmia sagrada de tu cuerpo
la evocadora majestad del arte.
Halagas el espíritu y te sigue
doquier la admiración; cae á tus plantas
la criatura en embriaguez de amores,
pero no dices nada á los sentidos,

que en vano intenta el lodo de la tierra
tu veste mancillar: libre te ciernes
donde no alcanza el mundo á profanarte
ni á empañar tu pureza con su aliento.
No apasionado cántico te adule
en muelle son, ni la encendida estrofa,
abeja del panal de los deleites,
sus dulzuras te dé, que el blando acento
del laúd voluptuoso te ofendiera;
pero férvidos himnos de alabanza
vibren en tu loor, que ese homenaje,
feliz por tí, la humanidad te debe.

Forma intangible, te entreví el artista
en los delirios de su mente inquieta
como ideal visión fascinadora.
¡Con qué sublime afán los brazos tiende
y aprisionarte anhela, mientras arde
el fuego inspirador que le consume!
Te persigue tenaz y húyesle rauda;
mas tu esquivez rindiendo á sus halagos
te encarnas como idea en su cerebro
para regir su mente creadora.
¡Así yo te busqué, gentil belleza;
así en perenne agitación mi numen
porfía por hallar del pensamiento
la noble forma, la expresión arcana!

¡Oh serena hermosura! en tu presencia
purificado el corazón se siente,

que huye al mezquino suelo el que un instante
gozó tu placidez: no el oro envidio
ni su deleite corruptor, que nunca
lo sórdida ambición turbó mi sueño;
pero ví esplendor, y desde entonces
deshojo para tí flores del alma,
que eres el solo bien, en la existencia,
del galardón del sentimiento digno.
Animador espíritu del arte,
cual Dios inmaterial, frágil arcilla
querrá asir tu fulgor, pero sobre ella
flotarás impalpable, como flota
sobre la escoria el resplandor del astro.
¿Vivir sin tí, bajo la ley tirana
que de tí renegase, cuando todo
anuncia tu poder?... ¡Triste destino!
¡Antes nieguen su amor los altos cielos
á la proterva criatura, y ruede
en sombras al no ser nuestra existencia,
que un instante alentar sin ver tu lumbre!
¡Cómo, oh belleza, el universo todo
en tu faz se recrea, y cual palpita
de inagotable juventud el germen
á tu supremo influjo en lo creado!
Yace la vida en duelo y desventura,
mas naces tú, y al rayo que la envías,
la gran naturaleza se estremece
en inocente júbilo de amores,
rayo de bendición, dulce mirada
do la paz de los mundos se refleja.
Siglos y siglos mana de tu fuente

abundoso raudal y no se agota;
siglos y siglos su sediento labio
acercarán las razas á tu linfa.
¿Cómo no celebrarte si mis ojos
en tu gloria anegados se deslumbran?
Acoge, pues, mi canto, y tu destello
exornará su débil poesía,
¡almo sol que en sonrisas te deshaces
para inundar la creación entera!

Himno á Urquiza

Coro

Como anuncia la gloria del día
la alborada con vivo arrebol,
vencedor de la cruel tiranía
anunciaste á los pueblos el Sol.

Ves la Patria que el bárbaro afrenta
sucumbir en sangriento Calvario,
y á salvarla del odio nefario
te aprestaste cual noble adalid;
y cual lanzan con furia violenta
los nublados el rayo que espanta,
de tres pueblos la cólera santa
desató tu heroísmo en la lid.

Sublevando en la hora suprema
el valor que los pechos inunda,
«¡Basta, exclamas, de torpe coyunda;
que agoniza la Patria en su cruz!»
Y te arrojan tremendo anatema
los que siempre á la Patria vejaron,
y al furor del sayón la entregaron
como un día el Pretorio á Jesús.

Ya lanzaste tu reto valiente,
ya te ven avanzar los esclavos
y fulmina tu hueste de bravos
de las iras el rayo mortal;
que tu heroica altivez no consiente
en la Patria la mancha del crimen,
los tiranos que á Atenas oprimen,
ni de Roma la garra imperial.

No das tregua á tu empuje terrible
ni padece tu fibra desmayo,
pues reniega del pueblo de Mayo
quien se humilla al sicario feroz;
y blandiendo el acero invencible
parecías, al grito de «*¡Guerra!*»,
contra el torvo Caín de tu tierra
encarnar la justicia de Dios!

Á vencer ó á morir tus campeones
se arrojaron con firme denuedo,
que no sufren la afrenta del miedo
los que luchan con cívico ardor;
y embravece la lid tus legiones,
mas no es mengua el rencor que la atiza,
porque es justa entre hermanos la liza
cuando encarna la liza el honor!

Como tiembla con susto y espanto
y se abate cobarde y medroso,
del león al rugido furioso,
el chacal en su obscuro cubil,

tal un día, el que en sangre y en llanto
anegó nuestro suelo bendito,
con el miedo que engendra el delito
tembló oyendo tu reto viril.

Y al trabarse el combate sangriento
al pie mismo del recio baluarte,
no le viste en el campo de Marte,
pues cobarde á la fuga se dió;
mas no tema el airado escarmiento,
que aun su sangre la Patria abomina,
porque nunca á la tierra argentina
del cobarde la sangre manchó!

Acrecienta tu genio en la Historia
el fulgor de su espléndida lumbre,
como el sol del cenit en la cumbre
acrecienta su llama vivaz;
y en el mármol que esculpe la Gloria
homenaje los pueblos te ofrecen,
hoy que olivas y lauros florecen
donde siembra semillas la Paz.

¡Inmortal vengador!, á la sombra
de tu enseña, los pueblos hermanos
si entrelazan unidos sus manos
sus destinos confunden también;
y la Fama que prócer te nombra,
de esplendentes destellos te baña
porque sean eternas tu hazaña
y la aureola que brilla en tu sién!

Himno á la Patria

Escrito en ocasión del Centenario

CORO

Como un sol que mil luces absorbe
y difunde su rayo vivaz,
tú, la estrella de un siglo, ante el orbe
viertes lumbre de amor y de paz.
  Y entre todas preclara, el destino
te saluda con alto clamor,
anunciando del pueblo argentino
el futuro supremo esplendor.

I

  En cien años de esfuerzo fecundo
se agiganta la fe de tu pecho;
en cien años se afirma el derecho
de que ciña tu frente el laurel;
para ser la señora del mundo
tienes hoy tu feliz centenario;
pampa inmensa, cual vasto escenario,
fértil suelo, cual rico verjel.

II

Como bella luciente alborada
que en el cielo se alzó de la Historia,
rutilante en tu fuego de gloria
te vió América un día inmortal;
y de Mayo vestal inspirada,
al derecho del hombre propicia,
cual serena visión de justicia
hoy levantas tu sien virginal.

III

Por hermosa y gentil su homenaje,
no por fuerte ó temida, te ofrecen
razas libres que prósperas crecen
de tu ley de igualdad, al amor,
para prez de tu ilustre linaje.
El civismo tu escudo blasona,
y no cambias por regia corona
la del genio, que brilla mejor.

IV

Si de Dios al mandato te erguiste
con el yelmo en la altiva cabeza,
y en el pecho la heroica entereza
como noble gallardo adalid,
no de torpes rencores supiste
ni al glorioso vencido humillaste,
que por sola divisa ostentaste
legendaria hidalguía en la lid.

V

A través del furente oceano
que surcara la audaz carabela,
con solícito afán por tí vela
madre augusta que el genio te dió:
tiende ¡Oh Patria! á esa madre la mano
en transporte filial de ternura,
y entre besos y lágrimas jura
honrar siempre á quien tanto te amó.

VI

Como un cielo que azul se despliega,
tu radiante bandera de amores
entrelaza sus bellos colores
y ondear á los vientos se vé;
ni su propio laurel la doblega
con ser tanto su peso eminente,
y su seda tan sólo consiente
que tu sol su caricia le dé.

VII

Patria, edén de la dicha suprema,
generosa de pródigos dones,
en tí calman su sed las naciones
como en fuente de vida y salud;
de progreso tus leyes emblema
á las razas del orbe atrajeron,
y las razas absortas te vieron
deslumbrando en triunfal juventud.

VIII

Manantial de consuelo y de gracia
para toda tristeza doliente;
sobre toda nostálgica frente
claridad de jocundo arrebol;
por virtud de genial democracia
con magnífica pompa descuellas,
que es más noble que manto de estrellas
su gran púrpura amada del Sol.

IX

Tú recoges al triste y al paria,
al que prueba su pan de amargura,
al que gime sin fe ni ventura
y á tus playas arroja el azar;
en tí elevan su dulce plegaria
los que hiere inclemente el destino;
aquí hallaron, el suelo argentino,
los proscriptos del mundo su hogar.

X

Hoy de paz el ensueño realizas,
y olvidando el alarde guerrero
en el yunque se mella tu acero
y á la estéril contienda das fin;
la opulenta heredad fecundizas
y la ofreces al mundo asombrado,
con el próvido fruto anhelado,
como mesa de eterno festín.

Himno á San Martín

—·•·

Cantado por las escuelas públicas de Santa Fe, al pie de la estatua del Libertador

Coro

Visionario inmortal de la gloria,
con su genio á la fama cansó,
y el buril de su acero en la historia
el poema del triunfo grabó.

Cual león que con ímpetu y saña
de la presa el rescate procura,
la altivez de su heroica bravura
rescatar el derecho juró.
Con su planta humilló la montaña,
y al mirar que á las crestas ya sube,
banderola de fuego, la nube
de su lanza al extremo se ató.

A su empuje, en la lid turbulenta,
bambolear se vió el trono caduco;
en su cuesta inmortal, Chacabuco

ciñe el lauro al invicto adalid;
y de Maipo en la arena sangrienta,
donde el reto de España le alcanza,
nuevo Alcides, su férrea pujanza
digna fué de los hijos del Cid.

¡Epopeya de luz que eterniza
la visión de su alma guerrera!
es del cielo un girón su bandera,
la del bélico numen su fe;
saludó su victoria en la liza
el volcán con su rojo penacho,
y hasta el cóndor del alto picacho
plegó el ala, abatido á su pie!

Gladiador del destino, le anima
el clamor secular de la raza;
sólo lleva en la lid por coraza
de su pecho el denuedo viril;
desde el Plata soberbio hasta Lima
REDENTOR tres naciones le llaman;
y abrazados los manes le aclaman
de Las Heras y el bravo Rodil.

No abrigó sino un culto, la idea
con que á América salva y redime;
fué la Patria su amor más sublime,
la victoria su esclava más fiel;
y la envidia, cobarde y pigmea,
con denuesto sangriento le nombra,

porque tuvo una sombra... ¡la sombra
que proyecta en la frente el laurel!

Como un astro esparció sus fulgores,
como un sol ascendió sobre el mundo,
de su espíritu al fuego fecundo
libre y grande la Patria surgió;
probó el cáliz de amargos dolores
que el destierro ofrecía á su paso,
y al hundirse por siempre en su ocaso
el anárquico espectro se alzó.

¡Gloria al héroe! En triunfal monumento
una edad y otra edad le contemple:
si recuerda ese bronce su temple,
su firmeza el granito dirá.
Ved al prócer: su noble ardimiento
de su pecho en el brío se exhala,
y su diestra la cima señala
que el corcel con su casco hollará!

Le dió el cóndor del Ande su vuelo;
su virtud abnegada el civismo;
el deber su espartano heroísmo;
el incendio de Mayo su ardor.
Bajo el palio de estrellas del cielo,
bajo el sol que en su enseña fulgura,
no vió América gloria más pura,
ni la Patria grandeza mayor!

Mientras brille la épica lumbre
que destellan su espada y su genio,
la montaña que fué su proscenio
de su gloria será el pedestal;
y su hazaña dirán en la cumbre
las borrascas con roncos acentos;
con su lengua sonora, los vientos;
con su lira de plata, el raudal!



Himno á Sarmiento

CORO

Glorifica tu nombre la infancia,
que por ella, á tu impulso inmortal
sus cadenas rompió la ignorancia
de la escuela en el yunque ideal.

Sembrador de la ciencia, á tu paso
derramaste con fe la semilla,
que brotaba en el alma sencilla
como brota en el surco la miés;
fanatismo, barbarie y atraso
humillar te admiré, de ese modo,
y por ser evangélico en todo,
atraía tu amor la niñez.

Para darle la luz donde bebe,
tu palabra, con altos rumores,
en un caos de negros errores,
nuevo *fiat,* la sombra ahuyentó;
deja, pues, que ella un cántico eleve
á quien ciñe en su doble corona,
la grandeza que á Mann galardona;
las virtudes que Franklin legó.

Sin que igual otro espíritu vibre,
estadista, maestro y guerrero,
con tu pluma, por único acero,
tres victorias te he visto obtener:
la que al hombre hace enérgico y libre
sacudir de los yugos el peso;
la victoria de amor del progreso;
la victoria de luz del saber!

Funde escuelas quien ame tu ejemplo
y ambicione la gloria más pura;
ellas dan á los pueblos cultura
y destierran el bélico horror;
cada escuela que se abre es un templo
que alza el mundo á la paz suspirada:
¡en el libro se mella la espada
y se rinde la fuerza al amor!

Junto al niño que en tímido ensayo
deletrea tu nombre, SARMIENTO,
el poeta levanta su acento
deslumbrado en tu augusto arrebol;
y mañana, en la enseña de Mayo,
cuando inscriba ese nombre la Historia,
brillará entre celajes de gloria
cual surgiendo del triunfo del Sol!

Te reserva otra edad esa bella
apoteosis que el mármol inicia,
cuando sean trabajo y justicia

claridades de un mismo fanal;
cuando imprima el progreso su huella
en la faz del desierto y la pampa,
cual la idea sus rastros estampa
en la frente del hombre genial.

Sobre el vasto horizonte de un mundo
tu conciencia marcó un nuevo oriente;
de baldón redimiste á la mente
cuando un pueblo sangraba en su cruz;
y no pudo el despecho iracundo
abatirte en la lid gigantea,
¡que no hay hierro que mate la idea
ni cadena que engrille la luz!

Pueblo noble y altivo, que pides
á sus manes el bien que te alcanza
quien al darte la sabia enseñanza
te hizo grande y te dió libertad:
si proscribes la ciencia ¡no olvides
que ese día de mengua y de duelo
brotará mil tiranos tu suelo
como zarzas la inculta heredad!



Himno á Belgrano

CORO

En la paz confundidos y ufanos
himno alcemos del héroe en loor,
que sepulcro dió á fieros tiranos
y á la escuela prestigio y honor.

Luchador, tu marcial arrogancia
puso espanto en el pecho enemigo,
y abrazándose el triunfo contigo
humilló la invasora altivez;
ciudadano, te aclama la infancia
y tu efigie en el bronce modela,
pues no olvida que amando la escuela
redimiste á la tierna niñez.

Se templaba en la lucha tu acero
al calor de la fe ciudadana;
pero ostenta tu sien soberana
cual brillante aureola triunfal,
la virtud del repúblico austero

que es tu timbre más alto de gloria
y la estrella que alumbra en tu historia
como el Sol en tu enseña inmortal!

Más funesta que el yugo que oprime
la ignorancia esclaviza á la mente,
y pues fué tu designio eminente,
abatirla, al progreso fiel,
no amenguó tu grandeza sublime
el azar, con su golpe más rudo,
y la misma derrota no pudo
marchitar en tu sien un laurel.

De la Historia en la cumbre tu hazaña
con un doble prestigio fulgura;
te lo da la conciencia más pura,
y denuedos de bravo adalid;
mas no en sangre tu gloria se empaña,
que aun en medio á la horrenda pelea
fuiste grande afianzando la idea,
no sembrando la muerte en la lid.

Ya en la patria feliz de tu anhelo
no se escucha la diana guerrera;
ya la blanca y celeste bandera
se despliega á los vientos de paz;
tú con ella—la imagen del cielo—
cual si fuese el pañal del destino,
envolvías al pueblo argentino
y lo alzabas del mundo á la faz.

Ella fué como el lábaro santo
que en la heroica sublime cruzada
desde el valle á la cumbre nevada
ensanchó de la Patria el poder;
perfumaron las selvas su manto,
al derecho prestó su ropaje,
y tu espíritu en ella mensaje
de los libres llevó por doquier.



Lavalle

Tu nombre vive en la Historia
que á los tiranos aterra;
tu nombre augur de victoria,
cuando peleabas con gloria
por el honor de la tierra!

Heroica el alma persista
y heroica sobre el abismo,
que ante tu egregia conquista
los pueblos tienden la vista
para aclamar tu heroísmo!

Te dió el deber su barrera,
su majestad el desierto,
y en lid titánica y fiera
un mundo libre te viera
antes que rendido, muerto!

Cuando en la lid te impacientas
cesan temor y desmayos,
porque luchando fermentas,
y el mar te dió sus tormentas
y la tormenta sus rayos!

Jamás tu fibra se abate
ni tus arrojos enfrenas,
que sin igual en tu embate
siempre te ha visto el combate
como á león sin cadenas!

La convicción fué tu escudo,
la libertad tu delirio,
y el déspota cruel y rudo
ahogar tu altivez no pudo
con la opresión y el martirio!

¡Astro sin luz! todavía
en tu grandeza me inundo!
te hirió el destino aquel día
porque caber no podía
tanta grandeza en el mundo!

Salve patricio! tu nombre
en nuestro pecho está escrito,
y porque más nos asombre
de la clemencia de un hombre
te ha hecho inmortal el delito!

Si hasta la cruz ascendiste
tu redención la cruz sea,
que miedo nunca tuviste
y esclavo también sufriste
la esclavitud de una idea!

Desprecia gran ciudadano,
de la injusticia la voz,
si erraste, descansa ufano,
porque el error es humano
y él nos distingue de Dios!

Descansa. . . . tu nombre vuela
del altar del sacrificio,
y tu santo ejemplo vela
en el libro de la escuela
y en el alma del patricio!

Himno

A la Confraternidad Hispanoargentina

Coro

Bajo el cielo del mismo destino
ya juraron eterna su unión
la grandeza del pueblo argentino
y la gloria del pueblo español.

Nadie intente romper esos lazos
que la muerte destruir no podría,
nadie amengüe la noble hidalguía
de los pueblos que sellan su fe;
para siempre sus vidas confunda
el amor que la paz les alcanza,
al fulgor de la misma esperanza
y á la sombra del mismo laurel.

Ved, erguidos, en símbolo augusto,
la visión de la patria de Mayo,
y el invicto pendón de Pelayo
junto al blanco y azul pabellón;
estandartes que el triunfo predicen
no consienten la sombra traidora,

que uno lleva en su faja la aurora
y otro ostenta en sus pliegues el Sol.

Fraternal comunión de la raza,
que olvidáis los rencores pequeños
y enlazáis ideales y ensueños
en la santa efusión de un amor;
viviréis en las almas, eterna
como el sol que á la patria ilumina,
que española es la gloria argentina
y argentino el honor español.

SONETOS

A Gaspar Núñez de Arce

Para DAVID PEÑA.

Todo tiene en la lira castellana
su vibración magnífica y sonora:
las ansias que el espíritu atesora
y los ensueños de la dicha humana.

Zorrilla fué la tropical mañana;
Becquer el iris y Monroy la aurora;
Balart el triste corazón que llora;
y Campoamor su decepción tirana.

Mas, cuando rudo el odio se desate
y el arpa de Espronceda quede muda,
vibrará al fin lo que el dolor no abate:

¡La lira del poeta de la duda
que se templó á los *Gritos del combate*
como una espada para herir desnuda!

Tu *Idilio* es una flor que se deshoja
porque tuvo el destino de las flores:
la leyenda de púdicos amores
que á la doncella tímida sonroja.

El *Vértigo,* la fúnebre congoja
del pecho que atormentan los rencores;
el odio de Caín que en sus furores
de la vida á su víctima despoja.

Y entre aquel inefable sentimiento
y esta pasión reconcentrada y fiera,
desfilan, evocados por tu acento:

Byron, con su romántica quimera,
Raimundo Lulio, con su amor violento,
y Fray Martín con su virtud severa.



El nido

A DOMINGO G. SILVA.

Suspendido del gajo tembloroso,
que lozano vigor antes tuviera,
con su carga de amores hechicera
se mece al viento el nido rumoroso.

Aunque lo azota invierno tempestuoso
y en torno de él sus nieves aglomera,
hay flores en el nido, y lisonjera
lanza el ave su cántico armonioso.

Y seguirá del gajo suspendido
con el ave triunfal del himno tierno,
con la flor que á la escarcha ha resistido.

Así mi corazón tiene su invierno,
pero columpia, semejante al nido,
flores y cantos en vaivén eterno.



Alem

Cumbre es la gloria, en ella te contemplo:
tu idea, que es un Sol, no tiene ocaso:
fuiste á la vez inspiración y ejemplo,
á un mismo instante pensamiento y brazo.

Prócer y justo, del derecho atleta,
timbre y honor de la virtud patricia,
aún se yergue en el Parque tu silueta
como una encarnación de la Justicia.

Para que él sea á tu figura marco
vencedor del histórico silencio,
mereces un elogio de Plutarco
trazado por la pluma de Terencio.

El sacrificio tu grandeza labra
y valiente y audaz como ninguna,
fué irresistible ariete tu palabra
y altar de tu elocuencia, la tribuna.

De la sagrada ley ante el despojo,
mancillando el honor de tu bandera,
se alzó ejemplar tu vengador enojo
y fué la chispa que encendió la hoguera!

Dejó tu fama el escenario lleno
y fundido en el molde catoneano
encarnaste la idea de Moreno
y el austero civismo de Belgrano.

¡Y estás al golpe de tu brazo inerte!
¡Ah! descansa, no muere tu memoria:
tu paso de la vida hasta la muerte
sólo fué una ascensión hasta la gloria!

Prócer y mártir, del derecho atleta,
timbre y honor de la virtud patricia,
irguiéndose en la tumba, tu silueta
será una encarnación de la Justicia.

La paleta

Dios le ha dado su forma peregrina,
y la esmaltan de espléndidos colores
iris bellos, crepúsculos y albores,
todo lo que los cielos ilumina.

Ya pide al rosicler su grana fina,
ya finge un cráter de encendidas flores,
ya para los artísticos primores
sombras y luces con amor combina.

Ya invita á los románticos pinceles
del color con la nota más brillante;
ya la sangre le da tonos crueles:

Por eso toda blanca es la mañana;
fúlgida y áurea la ilusión triunfante;
roja ó sombría la pasión humana.



Las rosas

Rozagantes y frescas, yo las adoro
porque son femeninas y virginales;
porque encierran fragante casto tesoro
y ríen como bocas primaverales.

Se marchitan al riego de amante lloro
ó al beso de encendidos labios carnales;
tienen como las reinas corona de oro
y divinos rubores cual las vestales.

Doquiera están alegran con su poesía;
tiñen los bellos cielos, la faz del día;
y el rostro de mi amada da su ilusión.

Por eso me enamora, y aun más la quiero
cuando para probarme su amor sincero
abre como una rosa su corazón. . .



A Lesbia

Acércate á mi labio acariciante
para besar tu gracia tentadora
y calme la ansiedad que me devora
de tu ternura la efusión amante.

Sobre mi pecho, lánguida y radiante
volcando tu cabeza encantadora,
semejarás el sueño de una aurora
cuando en su luz me envuelva tu semblante.

Ven y redobla el amoroso brío,
quiero sentir tu ardor dentro mis venas
porque mi loca juventud inflame;

Y al desmayar en el abrazo mío,
será tu cuerpo un ánfora de Atenas
que el dulce néctar del placer derrame.

Página extraña

A VICTORIANO E. MONTES.

Era del mundo en el postrer momento
de la postrera noche milenaria;
el mar, como una urna cineraria,
apagaba el rumor de su lamento.

Un astro del confín del firmamento,
como trémula llama funeraria,
en una lejanía visionaria
estelaba su rayo macilento.

Y estaba el Sumo Bien sobre aquel astro
y se alejaba de la luz mi rastro,
y entonces blasfemé. Y en ese mismo

instante, de la cima rodé al fondo
y ví de mi conciencia en lo más hondo
la dantesca negrura del abismo!

Al 2 de Mayo

Gime el cañón su fúnebre mensaje
y de potente brío arrebatada
la plebe heroica, en muchedumbre airada,
corre á vengar el insolente ultraje.

Cual se crece rugiendo el oleaje
se creció el pueblo en la inmortal jornada,
porque después de Dios, no temen nada
su intrepidez, su indómito coraje.

Ya está de pie el honor en la trinchera;
¡va á jugar la partida de su suerte
para librar de afrenta á su bandera!

¡Ya apostrofando á la traición cobarde
se yerguen, abrazadas en la muerte,
las sombras de Daoíz y de Velarde!



Los héroes

Son los héroes: la hueste valerosa
que en la cumbre, en el valle, en el abismo
blandió contra el viejo obscurantismo,
como un rayo, su espada victoriosa.

Con denuedo espartano, en lid famosa
la cadena rompió del despotismo,
y para el sol augusto del civismo
desplegó el cielo de su enseña hermosa.

Hundiendo en la derrota á los protervos,
no consintió su indómita braveza
fieros tiranos, ni cobardes siervos;

Que fué la patria su inmortal delirio
y resume su homérica proeza,
la redención, el triunfo, y el martirio!



El honor

"... pero el honor
es patrimonio del alma
y el alma solo es de Dios".

Lope.

De la existencia en el combate diario
dos enemigos cruzan sus aceros,
si uno defiende intrépido sus fueros
herir su corazón quiere el contrario.

Va al frente de su ejército nefario
la iniquidad con sus rencores fieros
y se apresta el honor con sus guerreros
á rechazar al pérfido adversario.

Porque ambiciona del honor la palma,
la iniquidad en vano enardecida
renueva el brío de su ataque rudo;

Pues si de Dios es el honor del alma,
en la batalla eterna de la vida
vencer de Dios la iniquidad no pudo.

Safo

Es la mujer lesbiana; su lamento
de Mitelene en la extensión resuena,
con la intensa amargura de la pena
que conturbó su insomne pensamiento.

Llegó la noche y se escuchó un momento
de aquella blanca y celestial sirena,
una armonía de congojas llena
sobre las alas del dormido viento.

¡Faón!—su labio suspirando gime;
en la expresión de su dolor sublime
al mar la cuita de su amor refiere;

Y en brazos de su loco desvarío,
desde el peñón de Léucades sombrío
se precipita en el abismo, y muere. . .

Agripina

...

La túnica de Tiro mal ceñida
sobre el ebúrneo seno palpitante,
allá en la noche de su fiebre amante
cayó en los brazos del placer vencida.

Macbeth pagana, del pudor se olvida,
tiene la sed sensual de la bacante
y al deleite se entrega delirante
con las ansias supremas de la vida.

La rodea un ambiente emponzoñado;
sobre el lecho de orgía maculado
su carne vende ó la virtud desprecia.

Agripina es la impúdica ramera,
la pasión de la bestia carnicera
y el instinto protervo de la especie.

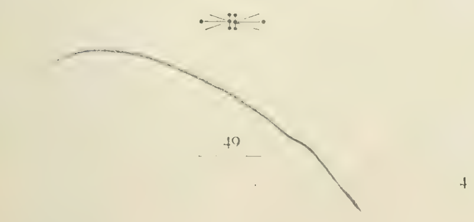
Nerón

No vió el mundo otro igual en lo pasado;
el mismo Satanás turbó su juicio,
y de Roma infeliz para suplicio
por los tigres de Hircania fué engendrado.

Prostituída la ley en el Senado,
muerta la fe en el corazón patricio,
puso un laurel sobre la sien del vicio
histrión y criminal, loco y malvado.

Sin la piedad que á la barbarie enfrena,
como un verdugo por la tierra pasa
al rumor de su lúgubre cadena;

Y sin que nada á su impudicia asombre,
es, cuando siente la pasión que abrasa,
el fauno griego convertido en hombre.



Al Plata

—•●•—

Prodigioso raudal, no en valle estrecho
tu cuna fué: prestáronte su brío
mugidores torrentes, y el sombrío
oleaje del mar hinchó tu pecho.

Cuando te agita el huracán deshecho,
tienes de Atlante el ímpetu bravío
y te revuelves, imponente río,
como airado titán sobre tu lecho.

Mas si de pronto tu furor serenas,
con tu murmullo plácido me encantas
y de tu luz mi pensamiento llenas;

Majestuoso y tranquilo te adelantas
y olvidando la endecha de tus penas
sonoros himnos al progreso cantas.

Ricardo Gutiérrez

En el aniversario de su muerte

Soñador de romántica grandeza,
poeta de los íntimos clamores,
tu trova melancólica de amores
vibró en un ritmo de inmortal belleza.

Desde la cuna hasta la triste huesa,
á través de orfandades y dolores,
pasó tu caridad sembrando flores
como tu sentimiento, su pureza.

Y sólo el canto de tu lira pudo
con la palabra del fervor sincero
dejar del descreimiento el labio mudo;

Que á la vez luchador y misionero,
llevabas la piedad sobre tu escudo
y esgrimías la fe como un acero.

A España

Para RAMÓN IBÁÑEZ.

Como llena tu luz mi pensamiento,
tu amor llena mi pecho y lo agiganta;
en él estás como la imagen santa
que el hombre adora hasta el postrer momento.

Yo no te insulto con airado acento,
pues cuando el labio tu esplendor no canta,
muda la lengua y trémula la planta
deshojo ante tu altar mi sentimiento.

¡Madre fecunda de fecunda gloria,
de pueblos libres y de razas fieles,
aún pasea tu carro la victoria,

Aún se abate la muerte en tus broqueles
y cruzas por los campos de la Historia
con la carga inmortal de tus laureles!

A Quevedo

Otro celebre el chiste lisonjero
ó la agudeza de tu ingenio alabe,
que yo lo admiro porque el mundo sabe
cómo, burlas burlando, eres sincero.

Poeta con blasón de caballero,
no temo que tu musa te deprave,
que unas veces festivo y otras grave,
la cortejaste sin manchar tu acero.

Sobre la tierra que tu planta pisa,
fué tu espontánea sátira valiente
mofa y cauterio del dolor humano,

Porque lo mismo consiguió tu risa
sembrar el regocijo entre la gente
que el miedo en la conciencia del tirano!

La muerte de los suliotas

A RAÚL R. VILLARROEL.

Allí su hueste al exterminio lanza,
y en almenas de riscos, los guerreros
se yerguen como espectros justicieros
desafiando el furor de la venganza.

Abatida en sus pechos la esperanza,
la sorda tempestad de los aceros
confunde sus acentos lastimeros
al fúnebre clamor de la matanza.

¡Heroico fué el suplicio del suliota!
en el espanto de la atroz derrota
su denuedo inmortal Grecia sublima;

Y porque infame yugo no lo afrente,
la madre arroja el vástago inocente
á las hambrientas fauces de la sima.

A Jesús

Tú, que en la infamia de la cruz sangrienta
por la infeliz humanidad gemiste
y el llanto amargo del dolor vertiste
para lavar la mancha de su afrenta;

Tú, que en noche de trágica tormenta
astro de eternas claridades fuiste
y como arcángel luminoso y triste
cruzas por nuestra vida turbulenta;

No niegues paz al que la paz te implora
cuando llega contrito á tu santuario
y ante tu imagen se prosterna y ora.

Que como tú ¡oh excelso visionario!
el corazón que sus delitos llora
también tiene su cruz y su calvario.

La Mujer

·•· —

¡Oh eterna gracia plena!

María Teresa.

¿Qué es la mujer? la dicha que anhelamos,
la gloria que en la tierra perseguimos,
la lágrima primera que vertimos,
y el primer desencanto que lloramos;

La ilusión que en el alma acariciamos,
el laurel que á la frente nos ceñimos;
la última esperanza que tuvimos,
y el último consuelo que buscamos;

Ritmo en la lira, música en el alma,
de la existencia la tormenta fiera
con la piedad de su mirada calma;

Y Dios por ella al mundo bajaría,
que si un edén el cielo no tuviera
ella el mundo en edén convertiría.

Del natural

—·•·—

Para ROSITA GRANDOLI.

La tarde en brazos del silencio queda,
mientras enciende el sol en el paisaje
el rosicler del último celaje
y al horizonte moribundo rueda.

Bajo la leve sombra que remeda
el flotante crespón de un cortinaje,
se diría que el viento entre el follaje
se adormece en un tálamo de seda.

Ya surge el primer astro en el abismo
coma una perla sobre azul alfombra
ó cual de un manto el refulgente broche;

Y brillan las luciérnagas lo mismo
que mil ojos que espiasen en la sombra
el solemne reposo de la noche.

A María Guerrero

Graba tu genio su profunda huella
en dramas de pasión y de ternura,
y la serena clásica hermosura
con la luz de tu espíritu destella.

Por tí dice Roxana su querella
y se ilumina la congoja obscura
de aquella reina triste y sin ventura
cuyo amor se nubló como una estrella.

Con tu acento que trágico emociona
nos conmueven la fe, la duda humana
y la virtud que de inmortal blasona.

Y eres siempre la artista soberana
que tiene el genio por mejor corona
y por trono la escena castellana.

Ya te muestres altiva y arrogante,
ya con rendido amor y gentileza,
el incendio ideal de la belleza
lo mismo anima tu expresión triunfante.

Tirso, Moreto, Calderón gigante,
Lope y Tamayo--el genio y la nobleza,—
constelaron de soles tu cabeza
y hechizaron tu numen fulgurante.

No hay fibra que no hieras si á tu acento —
clamor que gime ó música que implora —
lo arrebata ó inspira el sentimiento:

Y es tu excelsa pasión tan creadora
que parece á la vez grito y lamento,
apóstrofe y perdón, noche y aurora.



¡Ríe!

—

A JOSÉ MARÍA VÉLEZ.

Ríe cuando la infamia te enardezca,
ríe cuando la chusma te exaspere,
de la mano traidora que te hiere
aunque la mano fraternal parezca.

Ríe cuando la parca te escarnezca,
cuando la envidia el alma te lacere;
del que consuelo en tu dolor no espere,
del corazón que tu amistad te ofrezca.

Ríe aunque sufras ó el placer te hastíe;
ríe que al mundo tu reír divierte
en su comedia siempre repetida.

Que el eco, al fin, de tu reír se ríe,
porque reír nos manda hasta la muerte
el carnaval perpetuo de la vida!

Numen

A JOSÉ G. PAZ.

I

Surca el cielo el relámpago inflamado,
como ígnea raya por inmenso pliego,
y finge roja cicatriz de fuego
sobre la torva frente del nublado.

Abajo el mar agítase alterado
como si füese un pecho sin sosiego,
y en su impotencia se revuelve ciego
como el alma sin fe del condenado.

¡Horror sublime! . . . Ante él la criatura,
estremecida y humillada siente
que invade el miedo su conciencia obscura;

Sólo el poeta canta y apostrofa,
porque lleva el relámpago en la frente
y el hondo mar en su solemne estrofa!

II

Cuelga la nube sus flotantes velos
de la gloria de Dios en sus altares,
y las estrellas son blancos azahares
de la nupcial diadema de los cielos.

Olvida el mundo sus pasados duelos
y la queja en que exhala sus pesares,
dando al viento el rumor de sus cantares
como el himno de todos los consuelos.

Hay fiesta en las alturas y en la tierra;
más en el pecho que perdió la calma
¡cuál silenciosa formidable guerra!...

¡Sólo el poeta se doblega y gime,
cual si llevase un túmulo en el alma
y el grito humano en su dolor sublime!



Homenaje

Fuerza es mi amor, que de la ciencia dude;
fuerza es mi bien, que su grandeza niegue,
y que á tí solo en mi homenaje entregue
lo que entregar á la verdad no pude.

Y pues á tí mi pensamiento acude,
dale tu luz cuando el error le ciegue,
que cuando el día de mi muerte llegue
la fe serás que á sucumbir me ayude.

Ya de la ciencia y la verdad en vano
hallar pretendo la razón que esconde
su obscuro enigma, su insondable arcano;

Pues ni tanto me dicen ni me inspiran
como tu voz, cuando á mi voz responde,
como tus ojos, si mis ojos miran.



Ideal

¿La conocéis? Al sonreir parece
la inspiración de luz de mis cantares;
es una diosa y tiene en sus altares
el culto que mi espíritu la ofrece.

Vaga en mi ensueño y en el azul se mece
como visión que calma mis pesares;
su perfume la dan los azahares
y de dulces nostalgias languidece.

Las rosas que envidiaron su hermosura,
al contemplar las que en su faz se encienden,
ya sin aroma están ni galanura;

Y por besarla, un inefable vuelo,
desde la gloria hasta la tierra, emprenden
sus hermanos, los ángeles del cielo.



Deseos

¿Sabes, mi dulce bien, lo que quisiera?
mis sueños de ambición dar al olvido,
y á tu anhelo mi anhelo confundido
consagrar á tu amor la vida entera.

Un poético albergue en la pradera,
cual misterioso edén allí escondido,
y fabricar para los dos un nido
oculto entre la verde enredadera.

A la tarde vagar por la espesura,
estrechando mi brazo tu cintura,
sobre mi pecho adormecer tu hechizo;

Y absorto ante tu cándido embeleso,
despertarte de pronto con un beso,
¡y en tus ojos mirar un paraíso!



Para tí

Dios hizo el corazón para el latido
y para el cielo el estrellado manto;
para el amor, tu virginal encanto
y para tus desdenes, el olvido.

En el pecho, que el arpa es del gemido,
para el dolor la lágrima de llanto;
para la lira del poeta el canto
y para el ave en la enrramada el nido.

Hizo las rosas que la aurora envía,
rosas de luz, de místico capullo,
y el sol radiante para el claro día.

Para los buenos, la eternal ventura,
el ritmo para el verso y el arrullo,
y para mí, tu célica hermosura.

Olvido

Fuiste ayer ilusión; nube rosada
del cielo de mi ardiente fantasía;
el corazón entonces te ofrecía
por el beso de luz de una mirada.

Por tí soñaba el alma enajenada
con mundos de sublime poesía,
y el rayo de tus ojos presentía
en medio de la noche la alborada.

Deshecha la ilusión, tan solo queda,
de aquel amor de célica ventura,
yerto despojo que en el polvo rueda.

Que al tierno corazón que fué su nido
hoy convierte en helada sepultura
el inclemente cierzo del olvido. . . .



Sin rumbo

Perdido voy como el viajero errante
que abandonó su tienda en la mañana,
sin divisar en la extensión lejana
el rayo incierto de la luz distante.

Llevo en el corazón la fe expirante
de la inocencia de mi vida hermana,
que ya pasó como la sombra vana
de lo que fué y duró sólo un instante.

La decepción doquier; el anatema
de la impiedad que en el error se escuda,
sucumbir ó negar; ¡triste dilema!

¿Vivir siendo el ultraje de la suerte?
¿creer siendo la sombra de la duda?
¡oh, dejadme reír y amar la muerte!



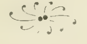
No pidas al poeta...

No pidas al poeta el dulce canto
con que soñó tu crédula inocencia,
que hay versos que envenenan con su esencia
como hay flores que matan con su encanto.

Si la ficción no pudo con su manto
de tu cielo borrar la transparencia,
ni de tu fe eclipsar la refulgencia
con su nublado triste el desencanto;

Si quieres que una voz suave y discreta
arrulle la beldad que tanto admiro,
¿por qué pretendes que te canten, dime?

Siempre mintió la lira del poeta,
y no valen sus versos el suspiro
de un corazón que enamorado gime.



Flor que fuiste...

Flor que fuiste tan cándida y tan pura
como un alma en su bella primavera,
que perfume esparcías hechicera
como un sueño hecho aroma y hermosura.

Te vi crecer con pompa y galanura
imagen de la vida pasajera,
y te amé como se ama la primera
ilusión, que un instante apenas dura.

Yo te conté mi cuita más secreta
y mi pesar más íntimo supiste,
sensible flor, amiga del poeta;

Y hoy que extraña congoja te consume,
rueda la flor de mi esperanza triste,
como tú, deshojada y sin perfume.

¿Dónde vas...?

A RICARDO CABALLERO.

—¿Dónde vas, dónde vas triste y perdido,
silencioso y errante por el llano?
—Lejos del mundo que me hirió inhumano,
á ocultarme en las sombras del olvido.

—¿Quién eres tú que así me has conmovido
y que rechazas con dolor mi mano?
—El hijo soy del infortunio humano,
el pobre gaucho, el inmortal caído!

—¿No sabes, dí, que á consolarte vengo?
—Ya no hay consuelo para mí en la tierra,
donde ni patria que me llore tengo!

—¡Salve, poeta! que tu labio mudo
vibre á las dianas del clarín de guerra:
yo, que soy la Justicia, te saludo!



Oir estrellas

(Del portugués, de Olavo Bilac)

¡«Cómo! ¿oir las estrellas?... No! por cierto,
que loco estás» Y yo os contesto en tanto
que para oírlas, trémulo despierto
y abro mi celosía con espanto.

Y hablamos de la noche bajo el manto.
La Vía Lactea, como un palio abierto
escintila, y ya el Sol luce su encanto
cuando aun las busco en el azul desierto.

Y ahora exclamaréis «¡Demente amigo!
¿qué dicen las estrellas cuando viene
su música celeste á hablar contigo?»

Y yo os respondo: «Amad, para entenderlas;
pues tan sólo el que ama oído tiene
para escuchar su voz y comprenderlas!»



Tu pañuelo

Emblema de mi amor, con un encanto
que realza el ser tuyo, vida mía,
aquel pañuelo que me diste un día
es el que guardo con cariño santo.

Lo llevaré sobre mi pecho en tanto
retribuya tu amor mi idolatría,
y cubrirá mi faz en mi agonía
cual la cubrió para secar mi llanto.

Mientras mi cielo su pureza ostente
porque le niegue sombras el reproche,
en él mis ojos te verán presente;

Más ¡ah! cuando de todo por tí dude
ese pañuelo en mi postera noche
será el dogal que á mi garganta anude!



Rosarito

Tú la conoces: inocente y pura,
blanca azucena del Edén sagrado,
el mundo todavía no ha manchado
las flores de su casta vestidura.

Cual tiembla el ave que volar procura,
así mi corazón tiembla á su lado.
Dios su destino al mío ha encadenado;
soy el artista y ella la hermosura.

De su faz, entre curvas armoniosas,
como entre red de hechizos, puso el cielo
nieve de lirio y pudor de rosas;

Y al contemplarla, cual ninguna, bella,
tan solo ansío con ferviente anhelo
vivir de amor para morir por ella.

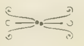
Escepticismo

Ni la esperanza, ni el amor me escuda;
mi frente se doblega entristecida
y sin miedo al horror de la caída,
ni de Dios, ni del mundo espero ayuda.

Sufriendo el peso de mi eterna duda
arrastro la miseria de la vida;
se fué el dolor pero dejó la herida
bajo el ultraje de su zarpa ruda.

Me ha salpicado, humanidad, tu lodo;
pues encumbras al malo y al perverso
mentira es tu virtud, mentira todo;

Mas no, que tengo en medio á tu mentira
para cruzarte el rostro con mi verso,
las vengadoras cuerdas de mi lira.



AMATORIAS

María

Estaba como dormida, pero dormida
para siempre... muerta.

JORGE ISAACS, *María. LXII.*

Triste como el recuerdo de la ausencia,
mustia como la flor de la montaña;
ritmo en la idea,
sueño en el alma;
como el sollozo de su amor, doliente,
como la estrella de la tarde, lánguida,
María es una sombra
que cruzó por la tierra americana,
cielo sin astros, juventud sin vida,
rumor sin ecos, ilusión sin alas!

Yo la he visto una tarde
sobre el césped de un valle reclinada,
en desorden la oscura cabellera,
distraída y errante la mirada.
Yo la he visto una tarde,
y con débil acento al preguntarla
cuál el secreto de sus cuitas era,
ví asomar á su párpado una lágrima!

Y me miró un instante,
y en un tierno poema sin palabras,
de suspiros, de llantos y de quejas,
la historia me contó de su desgracia.
Y otra vez la he mirado,
vuelta la faz sobre la blanca almohada,
angelical y hermosa todavía
la azucena del Cauca.
¡Adiós!, oí de pronto
que en su lecho la virgen murmuraba,
la oración en sus labios palpitante
y en su frente rendida la nostalgia.
Silencioso después quedó el recinto...
«como dormida estaba,
«pero dormida para siempre... muerta!»
para siempre callada!

Tórtola que arrullaste la existencia,
música que el oído regalaba,
fuente donde el espíritu bebía,
rosa de Mayo que entreabrió una ráfaga;
como Julieta amante,
como Eloísa casta,
como Beatriz angélica,
como los lirios blanca,
María es la ficción que nunca muere,
que desde el yermo hasta el ideal nos alza,
aroma del idilio,
sollozo de la tarde funeraria!

¿Quién compasivo mitigó su pena
en el silencio de su noche aciaga?
¿quién cariñoso la besó en la frente,
frente de Ofelia, soñadora y pálida?.
Preguntadlo al desierto
que recogió su postrimera lágrima,
al bosque, al viejo valle,
al nido solitario en la enramada...
Dice su nombre el viento,
gime su historia de la selva el arpa,
tiene la flor su divinal aroma,
y su poesía sollozante, el aura!
Ya no responde
su voz amada,
¿dónde te has ido
paloma blanca?
Las estrellas del cielo
ya no la llaman:
los ángeles bajaron á la tierra
y el más hermoso la prestó sus alas!

Ayer, cuando á la tarde
se perdía sin rumbo á la distancia
del valle por la senda
que tantas veces recorrió su planta,
el escueto ciprés, el triste sauce,
las caléndulas blancas,
los molles del camino,
al verla se inclinaban,
y de amor parecían con misterio
los verjeles del valle suspirarla,

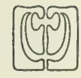
deshojando jazmines á su paso
y cubriendo su frente de guirnaldas!

¿Por qué murió la estrella de la tarde
entre el celaje de la nube parda,
        como una virgen púdica
envuelta en el sudario de sus lágrimas?
¿Por qué murió la flor, si era perfume?
¿por qué murió su voz, si era plegaria?
¿por qué quedó la cristalina fuente
sin el murmurio de sus quejas vagas?...
        En la leyenda triste
que recuerda su historia desgraciada,
        la angelical María,
preludio de la selva americana,
para cada ilusión tiene un lamento
que parece brotar desde su alma!

        ¡Desierto quedó el nido;
la errante brisa en el jaral, callada;
y plegó la torcaz el ala herida
bajo la sombra de la mustia acacia!

¿No escucháis ese lúgubre sollozo,
el salmo funeral de la plegaria?
¡Adiós! suspira en el ramaje el viento,
y dice *¡adiós!* en su elegía el Cauca,
y *¡adiós!* Efráim en su tristeza gime,
y *¡adiós!* parecen murmurar las ráfagas!

Triste como la ausencia del amado,
mustia como la flor de la montaña,
perla de llanto
de la mañana,
como el sollozo de su amor, doliente,
como la estrella de la tarde, pálida,
María es un ideal sublime y grande,
María es un amor sin esperanza!



Ráfaga

—·•· —

A MARÍA ESTHER.

Tiene el lirio del valle su pureza
su aroma y su blancura inmaculada;
hace soñar su espléndida belleza
y se aduerme la luz de su mirada
en la vaga expresión de su tristeza.

Si á mi lado, radiante de hermosura,
la majestad despliega de sus galas,
mi corazón un ángel se figura
que bajara de pronto de la altura
para cubrir mi frente con sus alas.

¿Su nombre?... El pecho en su emoción lo anuncia;
lo evoco en mi exaltado desvarío,
y allá en la noche del dolor sombrío
tembloroso mi pecho lo pronuncia
y calma entonces el tormento mío.

Para que al verla el alma se arrodille,
de Dios la gloria en su mirar se enciende,
y sin que el lodo humano la mancille
hace que ante ella el corazón se humille
y que sus rosas el amor la ofrende.

Sabe que muero de pasión, y un día,
conmovida á mis íntimos arrullos,
devolverme juró en su idolatría
por cada estrofa de la lira mía
un beso ardiente de los labios suyos.

Desde entonces mi vida, á su embeleso,
en onda de ternura se derrama;
y el corazón, en delirante exceso,
busca en su dulce cariñoso beso
de mis estrofas la ardorosa llama.



Luz y sombra

Viste toda de negro, que más resalta
de su blancura griega los embelesos;
el corazón la escucha, la ve y se exalta
soñando con sus labios y con sus besos.

En su frente de nieve, que guarda el nido
arrullador y blando del pensamiento,
deja el ideal un rastro desvanecido
de color de celajes del firmamento.

Ayer la ví: ¡qué hermosa! ¡qué dulces ojos!
donde su oculta idea mi amor divisa,
como entre sus dos labios, frescos y rojos,
el efluvio celeste de la sonrisa.

En su entreabierta boca, llena de arrullos,
la mariposa liba de los amores
como en el cáliz tibio de los capullos
de los jazmines blancos, los picaflores.

Es la ilusión que forja mi desvarío
en las secretas ansias de su locura;
¡y la ofreciera el mundo si fuera mío
y los astros que tiemblan allá en la altura!

Idealismo radioso de una alma yerta
que de quimera inútil en pos se lanza,
oculto en mi cerebro la fe despierta
y me habla en el idioma de la esperanza!

Palpitación de un ritmo que me extasía
y en el harpa del cielo vibra y se enciende,
perfume de las rosas de Alejandría
que á Dios en los inciensos del prado asciende.

A veces en las noches de mi delirio
el pensamiento irradia fosforescente,
y entonces al mirarla parece un lirio
con rocío de perlas sobre la frente.

Y escalando la excelsa libre morada,
mi pasión la contempla dulce y tranquila,
con ternuras sin penas en la mirada
y reflejos sin sombras en la pupila.

Viste toda de negro, que más resalta
de su blancura griega los embelesos;
y el corazón la escucha, la ve y se exalta
soñando con sus labios y con sus besos!



Laurita Matilde

« O mater pulchra, filia pulchrior ».

Nieve es tu faz, donde tus labios rojos
como un fresco capullo abren el broche,
y hay dos estrellas en tus lindos ojos
tan puros como el astro de la noche.

Sobre mi sien, flotando como un sueño,
pareces, de tu gracia en el desgaire,
hecha de luz como el primer ensueño
y de perfume como flor del aire.

Recuerdas la visión de mis delirios
y al querub de mis cánticos igualas,
porque tienes la frente de los lirios
y la sombra del ángel en las alas.

De tu sonrisa, la infantil ternura
en dichas todos mis pesares trueca
si coquetea tu gentil figura
con su hechicero encanto de muñeca.

Crece, y disipará penas y agravios
la mimosa piedad de tu consuelo,
cuando escuche las frases de tus labios
con su ritmo de música del cielo.

Entonces, en mi pecho, acariciante
derramarás tus bálsamos benditos,
como baja el rocío refrescante
al seno de los cálices marchitos.

Entonces, cuando escuches mi quebranto
y sepas de la vida los enojos,
enjugarás mis lágrimas de llanto
con un beso de paz sobre mis ojos.

De nuevo se alzará mi fe valiente,
y «más hermosa que tu madre hermosa»,
serás para la gloria de mi frente
la diadema más fúlgida y radiosa.

Yo buscaré el calor de tu regazo,
y mientras tu candor mi mente inspira,
simularás, ciñéndome en tu abrazo,
un laurel enlazándose á una lira.

En tí columbro un iris de esperanza
cuando tenaz congoja me importuna,
y me ofreces un iris de bonanza
en esa nube que envolvió tu cuna.

Si vas hacia ese edén que nos encanta,
á sus playas de luz mi paso guía;
si eres alondra de mi selva, canta
para anunciar el sol de mi alegría.

Ven á mí: que tu suave refulgencia
vierta en mi corazón plácida calma,
¡ángel de amor que tienes la inocencia
de la azucena mística del alma!



Pámpano

Festo quid potius die...

HORACIO, III, XXVIII.

Ven, nos embriagaremos
en la orgía los dos:
cuando está triste el alma,
¡cómo ríe la musa del licor!

Brilla el añejo Cales en los vasos,
y las gotas son perlas de un collar
que se desgrana cuando el labio acercas
al borde del cristal.

Te llevaré á la orilla de una fuente
donde las ninfas descansan en tropel:
mi diestra ostente el enramado tirso,
el lujurioso pámpano, tu sien.

Allí, bajo las sombras de las parras,
donde todo es misterio y soledad,
yo arrancaré el racimo más maduro,
tú robarás las mieles del panal.

Quiero verte en mis brazos
desfallecida y trémula caer,
que el zumo de las cepas te emborrache,
que te haga el mosto ardiente enloquecer.

Yo quiero más pasión en tus caricias,
en tus sueños más vida y juventud,
en tus labios más áscuas y más besos,
en tus ojos más luz!

Ven, nos embriagaremos
en la orgía los dos:
cuando está triste el alma,
¡cómo ríe en las copas el licor!



Estrofas

Puso Dios en tus labios la ambrosía,
y en tu frente de nieve, inmaculada,
con un rayo ideal de poesía,
las rosas y el carmín de la alborada.

Quisiera ser la hebra que no empaña
ese limpio cristal sobre que oscila,
y fingir que temblando en tu pestaña
me acerco á contemplarme en tu pupila.

Si Beatriz desde el cielo descendiera
y al divino poeta se mostrara,
de nuevo Dante hasta el Edén volviera
y en un ritmo del cielo te cantara.

Eres tú de mi alma el solo dueño,
la única ilusión jamás perdida,
tu amor es la alborada de un ensueño
que alumbró á la mañana de mi vida.

Aún más hermosa que la griega Elena
más tu hermosura angelical me asombra,
mi alma al escucharte se enajena
y suspira de amor cuando te nombra.

Yo no buscaba en mi aflición consuelo,
perdida con la fe que nos redime
la inspiración, que nos levanta al cielo
sobre tus alas, ideal sublime.

Y hoy por tí mi existencia se desliza
en la dulce ficción de un embeleso;
tu voz es el arrullo de la brisa
que al pasar en la frente me da un beso.

Si yo he soñado, con tu amor ha sido,
y si en mis versos te llamaba « mía »
sólo la voz del corazón herido
pudo decirte lo que yo sentía.

Sufres como la pálida azucena
el nostálgico tedio de la vida,
y hay en tu faz el surco de la pena
como en la flor en el erial caída.

Si tú guardaste de mi lira el canto
con que las horas del dolor serenas,
yo lo escribí con lágrimas de llanto
en la hoja del libro de mis penas.

Yo soy el eco de la dulce lira
que tantas veces halagó tu oído,
yo soy el ave que de amor suspira
junto á la rama donde está tu nido.

En la selva, en la brisa y en el viento
yo te canto mi estrofa enamorada,
soy la estrella del alto firmamento
que de noche te envía su mirada.

Y ¡oh! quién me diera, con amante anhelo
seguir el rastro de tus leves huellas,
y en sublime ascención trepar al cielo
para escribir tu nombre con estrellas!



¿Recuerdas?

Aun en mi oído tu palabra vibra,
aun conmueve su acento, fibra á fibra,
mi amante corazón;
aun retempla tu voz mi fe cobarde
y estás hermosa como aquella tarde
en que el cielo te envió.

¿ Recuerdas, vida mía ? hubo un momento
en que el ala del mismo pensamiento
nuestra sien agitó;
y al bendecir tu amor en ese instante
conmovida tu alma, palpitante,
en mis brazos cayó...

No sé qué enojo á mi pesar fingiste,
luego quedaste silenciosa y triste:
—«Perdón»—yo te imploré;
y al ver que ya tu faz no sonreía:
—«Así te quiero más, hermosa mía»—
¿recuerdas? murmuré.

A veces, distraída, la mirada
levantabas al cielo embelesada,
como buscando á Dios;
yo olvidaba mis locos desvaríos,
en tus ojos dulcísimos los míos,
hablándote de amor.

¡Qué hermosa estabas! tu mirar sereno
de suave encanto y de poesía lleno,
inundaba tu faz;
resplandecía en tu divina frente
con su nimbo de luz viva y fulgente
tu alma angelical.

Yo te lo dije todo con los ojos,
la bruma disipé de tus enojos,
y te juré ser fiel;
y tú quedaste pensativa y muda,
como el que amando, en su inocencia duda
por la primera vez...

Envidiaban los cielos mi ventura
reflejando en tu espléndida hermosura
su hechizo sin igual;
y absorto ante tu cándido embeleso
voló mi pensamiento y dejó un beso
en tu sien virginal.

« Amor », decía en el ramaje el viento,
y suspiraba « amor » el blando acento
de la brisa fugaz;

yo tu nombre querido pronunciaba,
y trémulo á tu oído murmuraba:
—«¡oh qué hermoso es amar...!»

¡Tú, que en el ritmo de los cielos cantas,
amor, sublime amor, que así levantas
la decaída fe;
tú descorriste el velo del destino
y pusiste en mitad de mi camino
el ángel que soñé!

¡Aun en mi oído su palabra vibra,
aun conmueve su acento, fibra á fibra
mi amante corazón!
¡Aun retempla su voz mi fe cobarde,
aun está hermosa como aquella tarde
en que Dios nos juntó!



Para tí

Puso Dios en tu alma inmaculada
la luz de la alborada
con los sueños de amor del paraíso;
y sobre el cielo de tu frente pura,
las nieves de la altura
para realzar la gloria de tu hechizo.

Fatigando mi espíritu su vuelo
para hallarte en el cielo
ha seguido la senda de tu rastro;
tú diste á mi dolor consuelo y calma,
yo te llevo en el alma
como á la aureola de la luz el astro.

Yo soy la dulce lira que te canta
y ante tu altar levanta
el himno eterno de mi fe rendida;
tuyos serán mi gloria y mis laureles,
lirio de mis verjeles
que perfumas el valle de mi vida.

Ciñes del ángel la radiante veste;
como un trino celeste
tu voz arrulla suave y cadenciosa;

tienes para mi amor todo lo bello,
es de cisne tu cuello
y tu cándida faz, de nieve y rosa.

Tú levantaste á Dios mi pensamiento,
tú me infundiste aliento
para luchar heroico en la caída;
tú diste á mi ilusión alas y encantos,
tú inspiraste mis cantos,
Ofelia de los sueños de mi vida.

Deja que el alma mía se arrodille
y ante tu altar se humille
mientras el beso de tu amor desmaya;
y que en tu triste ausencia gima sola,
como gime la ola
que va á morir en la desierta playa.

Deja que á tí mi pensamiento ascienda
y en tu mirar se encienda;
deja á este corazón, que es todo tuyo,
hablarte en ese idioma grato y suave
que es gorjeo en el ave
ritmo en la estrofa, y en el alma arrullo.

¡Alhagadora música que embriaga,
fuente donde se apaga
la indefinible sed del pecho mío;
inefable visión de mis amores,
perfume de mis flores,
secreto de mi ardiente desvarío!

Llevo tu imagen en la mente fija,
para que culto exija
á cuanto el alma de sublime encierra;
y en tí mis sueños de ventura toco,
si en el dolor te invoco
como á la fe el proscrito de la tierra.

Yo te he visto una vez, mas no sé dónde;
aun tu acento responde
al eco cariñoso de mi acento;
por mi lado cruzaste blanca y bella,
como cruza una estrella
por el límpido azul del firmamento.

Tal vez todo fué un sueño de la mente,
pero aun mi pecho siente
la inquietud de ese amor con que deliro;
y te da el alma, que su fe te jura
rendida á tu hermosura,
su primer canto y su primer suspiro.

Quisiera ser el eco que te nombra,
el cendal de tu sombra,
y el rayo que fulgura tu pupila;
y en la hebra ideal de tu pestaña,
la perla que no empaña
ese limpio cristal sobre que oscila.

Quisiera ser la luz de tu mirada,
la estrofa enamorada
que es aleteo y música en mi canto;

quisiera ser la queja que has vertido,
en tu pecho latido,
beso en tus labios, y en tus ojos llanto.

Y te ofreciera en mi anhelar constante
mi corazón amante
y el mundo de mi loca fantasía;
y en una rima tierna y armoniosa,
la inspiración grandiosa
del inmortal poeta de *Lucía.*

¡Deja que el alma mía se arrodille
y ante tu altar se humille
mientras al beso de tu amor desmaya;
y que en tu triste ausencia gima sola,
como gime la ola
que va á morir en la desierta playa!



Guirnalda

—·•· —

Ecce tu pulchra es!..

CANTARES, I, XV.

Oh! mis versos, mis pobres estrofas,
que yo he modelado con ritmos del alma;
¿qué vais á decirla gimiendo en su nido
cual gime en el nido del ave, la ráfaga?
Id, mis pobres estrofas, que es ella
la luz que pedíais, la luz que os faltaba;
id, enjambre de vagos rumores,
que escuche ella sola, y á solas habladla!

¿Tú no sabes, amante paloma,
quién es el que á veces te nombra y te llama?
¿tú no sabes que un eco lejano
repite doquiera tu dulce palabra?
Dí ¿no sabes, amante paloma,
quién es el que ha herido las cuerdas del harpa,
y te dice sus locos deliquios
y en trémulo idioma de ritmos te canta?

No! no quieras, no quieras saberlo,
y deja que escriba tu nombre en el alma,

y que allí deletree el enigma
de todos sus sueños, de todas sus ansias!
Visionario, proscrito del mundo,
deseando una tarde volver á su patria,
se encontró, sin quererlo, contigo,
y ¡oh, Dios! desde entonces te invoca y te llama!

Yo te sueño en la estrofa doliente
que arrulla en los ecos del aura que pasa,
y en la linfa del suave arroyuelo
que en un álveo de luz se retrata;
y te busco á la orilla de un lago
donde apenas se mueven las aguas,
y te busco en los astros del cielo
que escriben tu nombre con letras de plata!

En el yermo del mundo, perdido,
yo soy la hoja seca que el ábrego arrastra;
yo soy ese triste poeta olvidado
que ciñe á tu frente su mustia guirnalda.
Ah! si un día al caer de la tarde
escuchas el débil lamento de un harpa,
¡seré yo, que al morir en la tierra
te envío en mis versos mis últimas lágrimas!

¡Cuántas veces soñando contigo
sorprendióme al venir, la mañana!
¡inefable y sublime embeleso
que hasta Dios en tu ideal me levanta!
Ah! yo entonces escucho tu acento
y postrado cayendo á tus plantas,

¡en los labios te besan mis labios,
y en el alma te besa mi alma!

Fresco lirio del valle, entreabierto
bajo el cielo inmortal de la Patria,
¡no fué más hermosa la ideal Sulamita
del bíblico amante seis veces cantada!
¿Dónde, dónde se pierde tu huella
que en pos no te siga, tenaz, la mirada,
si es tu imagen consuelo en mi vida,
idea en mi mente y arrullo en mi harpa?

Yo te aspiro en la blanca azucena
que entreabre sus labios al soplo del aura,
y te busco en la tierra, lo mismo
que Efráim á la hermosa María buscaba.
Oh! si tú mi ansiedad comprendieras
cuando posas en mí la mirada,
¡esa sed infinita y grandiosa
que bebe en la fuente del cielo tus lágrimas!

¡Quién me diera decirte esa historia
que llevo en el fondo del pecho grabada!
¡Quién me diera mostrarte ese libro
y tu nombre leer en sus páginas!
Ah! no puede mi amor referirse
sino en el sublime lenguaje del alma,
que ese amor que te escribo con versos
no se puede decir con palabras!

En el yermo del mundo, perdido,
yo soy la hoja seca que el ábrego arrastra;
yo soy ese triste poeta olvidado
que ciñe á tu frente su mustia guirnalda;
y si un día al caer de la tarde
escuchas el débil lamento de un harpa,
seré yo, que al morir en la tierra
te envío en mis versos mis últimas lágrimas!



Rimas de estío

El Sol enciende su pupila de oro
sobre la seda leve del paisaje,
y se inciensa de trébol el ropaje
de la mañana azul. Escucho el coro
con que la selva tu beldad saluda,
y te apareces á mi ensueño ardiente
como la vida espléndida y riente,
como una estrella lánguida y desnuda.
A los acentos de la lira suave
que te llama con plácido murmullo,
vienes á mí con tus temblores de ave
trayendo tu emoción en cada arrullo.
En desgaire triunfal hasta mí vienes
con la fragancia de las frescas rosas,
que sólo para ornato de tus sienes
se entreabrieron al alba luminosas.
Así también en el sagrado monte,
cautivas del laúd que las recrea,
encantaron al viejo Anacreonte
las palomas de Venus Citerea.
Ciñe á tu sien del azahar el broche:
será una estrella que al nacer alegra,
como un misterio turbador, la noche
de tu flotante cabellera negra...

Alza á tu paso, perfumada y leve,
cual novia con sus blancos atavíos,
cada azucena un ánfora de nieve
cargada del licor de los rocíos.
Allí, cuando tu blanca adolescencia
toda vencida á mi efusión se entregue,
la sombra, que es propicia á la inocencia,
vendrá á envolverte en voluptuoso pliegue;
y cabe el tronco de la verde acacia,
que el nido abate con su dulce peso,
será corona de mi amor tu gracia
y epitalamio susurrante el beso.
Restauremos la gloria del idilio,
y en el bochorno de la ardiente siesta
nos traerá la zampoña de Virgilio
murmullos de la clásica floresta;
oirás el ritmo que las flautas dieron
por la azul extensión de los collados,
y al cervatillo triscador que vieron
Mosco y Bión en los floridos prados.
Del alma entonces te abriré el tesoro
en los transportes que el misterio acecha,
mientras el Sol de su carcaj de oro
nos lanza ardiente, enamorada flecha.



Teodorita

El lirio de nieve que puesto en un vaso
resume un poético destino de amor,
tiene la frescura de tu tez de raso,
tiene la pureza de tu vida en flor.

El verso que brota de cándida lira
y vá la ternura de un alma á buscar,
tiene la cadencia de tu voz que inspira,
el ritmo suave tiene de tu andar.

La perlada nota que mágica sube
y tenue se envuelve del aire en el tul,
como tu suspiro se pierde en la nube
buscando la gloria del espacio azul.

Te dá la inocencia su halago risueño
sus plácidas dichas, su encantado edén;
un rayo de luna se mece en tu ensueño,
un beso de estrella se aduerme en tu sién.

Yo sé que tus párpados el llanto no moja,
que vas por el mundo riente y feliz;
las flores no tienen pesar ni congoja
porque Dios las hizo de aroma y matiz.

En días más bellos del tiempo pasado,
que Jorge Manrique dijera mejor,
Laura ó Eleonora te hubieran nombrado
rendidos galanes ó algún trovador.

O hubieras acaso de los rimadores
inspirado un verso galante y sutil,
cuando describiendo tus níveos primores
cisne te llamaran ó lirio gentil.

Que tú como el cisne y el lirio de nieve
evocas la gracia, la forma ideal,
con tu cuello fino, con tu talle leve,
con tu poesía de flor matinal.

Por eso mi trova con su acento blando
te dice mi antigua, legendaria fe:
yo soy un poeta que vive forjando
las dulces quimeras de un tiempo que fué.



Flores marchitas

Aquellas flores que al partir me diste
ya sin perfume y sin olor quedaron;
á la mañana sonreir las viste
y á la tarde no más se marchitaron.

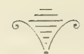
Sentí que al alejarme se exhalaba
la ilusión de mi vida en una angustia;
era la última flor que me quedaba
y la encontré, como á tus flores, mustia.

Cayó sobre mi espíritu la noche
y asomando á mis párpados el llanto,
aquella flor feliz plegó su broche
y el astro de la fe nubló su encanto.

Cuando el amor la vida nos inunda
se abre la flor de la ilusión bendita;
nuestra ardiente esperanza la fecunda
y el desengaño helado la marchita.

Así las tuyas en feliz mañana
al beso del rocío se entreabrieron;
pero llegó la decepción temprana
y de frío en mi pecho se murieron.

Adiós, flores de amor, cenizas yertas
de las venturas del ayer perdido;
vivid la vida de las cosas muertas
en la tumba sin fondo del olvido.



Lirio

Porque siendo una estrella
se parece á los lirios,
en un alba de ensueño
toda blanca la he visto.

Es mi amada la virgen
la de frente de armiño,
la que tiene el perfume
de la flor del cerinto,
la que inspira mi estrofa
visionaria del ritmo,
la que sabe que el cielo
sin su amor no concibo.

De su casta sonrisa
al encanto dulcísimo
como flor de ternuras
se ha entreabierto mi espíritu,
despertando de pronto,
de su voz con el mimo,

en el alba del hombre
inocencias de niño,
la quimera imposible
de un amor infinito...

Dios ha puesto en el cielo
de su rostro divino,
sobre nieves de nardo
resplandores de nimbo,
y en el alma la oculta
mi ferviente cariño
como oculta sus perlas
en el fondo el abismo;
y es idea en mi alma
y en mi pecho es latido,
y en mi estrofa aleteo
vibración y suspiro,
claridad inefable
que serena mi espíritu
cuando triste en la sombra
de la duda me abismo.

Al pasar, de sus labios
dejé un beso en el nido
y por eso simulan,
por la grana encendidos,
roja mancha de sangre
en la albura de un lirio.

Y la he visto alejarse
sobre el ala de un ritmo,

irradiando en mi sombra
y exhalando un suspiro...

Es mi amada la virgen
la de frente de armiño
la que tiene el perfume
de la flor del cerinto.



A tus labios

Labios que en mis labios posas,
labios con que me atormentas,
labios que envidian las rosas
y las púrpuras sangrientas.

Labios que aman el arrullo
y mis febriles excesos,
que parecen un capullo
encendido por mis besos.

Labios que abres entre nieves
tú, que mis tormentos sabes;
labios de las curvas leves
y de las sonrisas suaves.

Labios que son un clavel
y que tienen para mí
las dulzuras de la miel
y la sangre del rubí.

Labios de eternas delicias
donde la gloria he bebido,
donde duermen mis caricias
como un pájaro en el nido.

Labios que engendran anhelos
labios que torturas dan,
labios que me causan celos
por qué besándose están.

Labios de la risa loca,
donde vengan tus agravios
los delirios de mi boca
en las ascuas de mis labios.

Donde amor el alma liba,
labios donde el alma quemo,
labios de grana lasciva
para el deleite supremo.

Labios fragantes y lindos
que Dios de rojo ha pintado,
como el fruto de los guindos,
como la flor del granado.

Labios que el carmín tiñera,
por los que amante suspira
como si un alma tuviera
cada cuerda de mi lira.

Labios que quisiera ver
siempre de rojo color,
en la orgía del placer
y en la noche del amor.

Ah, cuando mis días bellos
trueque tu muerte en sombríos,
se marchitara sobre ellos
la flor de los besos míos.

Postal

DE MARÍA ESTHER CULLEN

Como la rosa agarena
de algún edén legendario,
tu cuello es el incensario
de la hermosura morena.

Y no te enfades, que así
fueron la virgen María,
la que tu nombre tenía,
y de Mahoma la hurí.

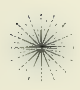
Muestras tu boca de mieles
como incitando á beberlas,
como un rocío de perlas
sobre dos frescos claveles.

Tan dulce la frase exhalas
y es tu decir tan suave,
que á veces pienso que un ave
arrulla mejor sin alas.

No solo por donairosa
das envidia al azahar,
si eres capullo de rosa
¿cómo no has de perfumar?

Y tienes ojos traidores
porque velados y en calma
guardan para herir el alma
el rayo de sus fulgores.

Y Dios, queriendo aumentar
tus gracias hasta el derroche,
puso en tus ojos la noche
y la aurora en tu mirar.



El violín de Albertini

(Decadente)

El violín ya no trina como un pájaro egregio,
el violín ya no canta con la voz del arpegio,
con su voz de sollozo, de laúd y clarín;
la triunfal harmonía bajo el arco no vuela,
bajo el arco divino que hechizó Filomela;
en su caja empolvada yace mudo el violín.

Filomela galana, la ideal golondrina,
de remotos países á la tierra argentina
con el dulce instrumento vino el alma á cantar;
dijo arcanos deliquios en su lengua de plata,
el romántico anhelo de la dulce Traviata
(el violín tiene penas porque sabe llorar).

Con sus sueños divinos y sus cuerdas de oro,
de la música excelsa en el mágico coro
como un ave gorjea el violín trovador;
el violín es hermano de la lira del vate,
de sus líricos triunfos es el rey Sarasate,
su blasón es antiguo y su heraldo el amor.

El violín ya no arrulla como el ave de Armida,
(el violín tiene un alma y en el alma una herida)
con su voz de sollozo, de laúd y clarín;
la triunfal harmonía bajo el arco no vuela,
bajo el arco divino que hechizó Filomela;
en su caja empolvaba yace mudo el violín.



Versos

Para el álbum de Pepita Sañudo

Se parece á la flor pura y galana
que al beso de la brisa se doblega,
y hay en su andar la gracia soberana
del blanco cisne que en las ondas juega.

Tiene su hechizo la gentil mimosa,
y la imagina el pensamiento mío
emergiendo del cáliz de una rosa
al calor de una gota de rocío.

Comprende al verla el corazón, opreso
del ansia de cantar su donosura,
que es un ángel de amor hecho embeleso
y un ideal de luz hecho hermosura.

Si hasta sus labios mismos no se hicieron
para caricias que ambiciona el hombre:
al beso de la madre se entreabrieron
y han de cerrarse al bendecir su nombre.

Su alma, como en éxtasis divino,
imprime en su mirar celeste huella;
entonces la contemplo y adivino
un ensueño de cielo en una estrella.

Digna heredera de ejemplar matrona,
con su candor las almas enajena;
de la virtud ostenta la corona
y el cetro del hogar tiene por buena.



ODAS

Yambo

Sacerdote del código sagrado
en quien su honor depositó la Patria;
soldado de la Ley que armó el Derecho
ante el altar de la justicia humana,
¿por qué claudicas?
¿por qué apostatas
y como Judas la conciencia vendes
por los treinta dineros de la infamia?

Artista que en la gloria de tus cielos
bañaste de fulgores la mirada;
tú que á la cumbre del ideal sublime
con el vuelo del cóndor te elevabas,
¿por qué desciendes?
¿por qué degradas
el arte excelso, si en tu genio había
celestial intuición cuando creabas?

Poeta que al dolor tu salmo dices
mientras la turba en el placer se embriaga;
tú que agitas el látigo del verso
sobre la mengua de la estirpe humana,

¿por qué enmudeces?
¿por qué no clamas,
hoy que es mentira la virtud austera
y ludibrio la gloria de tu raza?

Tú que juraste con solemne voto
defender la bandera de la Patria,
mientras tu noble pecho de soldado
su postrimer aliento conservara,
¿por qué perjuras?
¿por qué la infamas
y arrojas, envidioso de su brillo,
la noche del baldón sobre sus fajas?

Tú que en la fuente de la ciencia bebes
y un nuevo rumbo al pensamiento trazas,
labrador de los campos de la idea
que la simiente del saber derramas,
¿por qué te abates?
¿por qué desmayas
y en perezosa inercia te abandonas
cuando estaba tu puesto en la batalla?

Misionero de Dios que al templo llegas
y en él la prez de la virtud ensalzas;
tú que el furor insano del protervo
con la piedad de tu palabra amansas,
¿por qué abominas?
¿por qué te arrastras
de la abyección en el inmundo fango
para manchar tus vestiduras sacras?

Tú que hablabas al pueblo de justicia,
retando la invasión de la canalla,
que en el ara del dogma predicaste
el credo de la augusta Democracia,
¿por qué blasfemas?
¿por qué la ultrajas
y á los libres conviertes en ilotas
para que sean escalón de infamia?

Tú que ciñes la veste de las vírgenes
y te sonrojas inocente y casta;
que este valle tristísimo cruzaste
cubierta por la sombra de tus alas,
¿por qué te envicias?
¿por qué te enfangas
y sobre el lecho de la orgía impura
vendes el cuerpo al prostituir el alma?

Si ya el honor ni la virtud existen,
si hay un abismo en la conciencia humana
y una profanación en cada templo
y nuestra fe en la duda se amortaja,
Dios poderoso,
Juez de las almas,
¿por qué desde la altura de tu gloria
la miserable humanidad no arrasas?



La sombra de Macbeth

Dread!

Shakespeare.

La obscura calleja
y el angosto valle,
como lengua que el yermo y la falda
de los montes lame;
el feudal castillo
con la solitaria torre de homenaje;
las ferradas puertas
y los anchurosos arcos ojivales;
la inculta terraza,
el profundo foso y los almenares.

Sobre un fondo negro,
dominando el extraño paisaje,
selva de nublados
y de peñascales;
y como sombríos
esqueletos de ramas, los árboles,
que flagela la fusta del viento
y sacude el brazo de los vendavales.

Fuera, una tormenta
que se enrabia con ira salvaje;
el rojo relámpago,
látigo de fuego de las tempestades;
como un gran enigma,
una funeraria noche impenetrable.

Dentro del castillo
conjuro de muerte, supremos afanes,
las hidras del odio,
y de la venganza los crueles chacales;
llantos y congojas,
los gritos del hambre,
rumores aleves,
felinas crueldades,
y sobre el orgullo de frentes protervas,
diadema sin gloria con manchas de sangre,
el espectro sombrío de Banquo
y las carcajadas de las saturnales;
heridas espaldas
y miembros exangües,
cadenas que crujen
agudos puñales,
pavorosos miedos
del amor culpable,
bárbaras blasfemias,
horrible y siniestro montón de cadáveres,
todas las negruras de un drama de sangre
que preside trágica
la sombra de Macbeth!

A Gutenberg

ODA

A VICENTE BLASCO IBAÑEZ

I

Como profundo báratro
de obscuridad y muerte;
sima de helada ténebra
que en triste horror convierte
de los lejanos ámbitos
la muda inmensidad;
el mundo en sombra fúnebre
como en crespón de duelo
se aletargaba, y lánguido,
desfalleciente el vuelo,
el ave del espíritu
volaba hacia otra edad.

II

Edad que en sus miríficos
ensueños presintiera;
en explosión de júbilos
rïente primavera

de paz, de amor benéfico,
de santa redención:
para que el mundo atónito
su aurora columbrase,
los soberanos númenes
quisieron que irradiase
sobre una frente altísima
gigante inspiración.

III

Entonces la voz mágica,
el bíblico conjuro
que hizo brotar magnífica
sobre el abismo obscuro
como sonrisa próvida
la lumbre celestial;
para otro nuevo génesis
aquel *fiat* arcano
vibró en la noche hondísima
del pensamiento humano,
y con la imprenta Gutenberg
levántase inmortal.

IV

Al punto, estremeciéndose
la historia ante el destino,
barridos por la ráfaga
que á dispersarlos vino,

en colosal vorágine
rodaron á sus pies
supersticiones, crímenes
y bárbaros errores,
mientras la mente férvida,
henchida de vigores,
abríase á los gérmenes
de la proficua mies.

V

Mezcla de lumbre diáfana
y de celaje denso,
sentías bajo el cráneo
tu pensamiento inmenso
cual precursor crepúsculo
de un día sin igual,
cuando de pronto fúlgida
tu concepción clarea,
con caracteres móviles
cautiva haces la idea
y das al viento el lábaro
de la razón triunfal.

VI

Por tí indeleble estámpase
la frase fugitiva,
y á la expresión innúmera
de la palabra viva

soplo genial infúndele
tu esfuerzo animador;
tú, con la mano pródiga
que esparce la simiente,
cavaste surco hondísimo,
araste en nuestra mente
y fuiste su evangélico
fecundo sembrador.

VII

¡Salve! sublime intérprete
del alma del pasado;
siguiendo tu profética
visión de iluminado
con noble fe lanzábaste
del porvenir en pos;
y con la llama espléndida
que le prestó la gloria
tu genio fué un relámpago,
del cielo de la historia,
que en él encendió vívido
para guiarnos, Dios.

VIII

¡Asombro de los pósteros!...
con tu atrevido invento
el verbo libre tórnase,
y raudo el pensamiento,

rota su cárcel pérfida,
vuela al postrer confín:
siglos y siglos viéronle
sin majestad alzarse,
y ante opresor fatídico
mil veces doblegarse,
siervo de encono hipócrita
ó de temor ruïn.

IX

Ayer, el torpe déspota
la libertad vejando;
del odio el yugo férreo,
ó por decreto infando
pueblos que viles póstranse
del invasor al pie:
apenas si en la lóbrega
noche de su desmayo
el alma de los míseros
percibe el dulce rayo
que la esperanza envíale
para animar su fe.

X

Hoy, ni furor fanático
ni criminal violencia
de justos ni de mártires
humillan la conciencia,

pues deshiciste el último
baluarte del baldón;
hoy, que su imperio omnímodo
nuestra razón proclama
y que invencible osténtase,
fueron, dirá la fama,
providencial tu espíritu,
divina tu invención.

XI

Sobre los tiempos yérguese
tu homérica figura;
ni la tormenta abátela
ni el rayo de la altura,
que más ante ellos crécese
el cedro secular;
y afrenta de los ídolos
que la ignorancia alzara,
tienen tu augusto mérito,
tu majestad preclara,
el porvenir por árbitro,
la historia por altar.



Libertad

Á EDMUNDO J. ROSAS

Mientras sea como Hércules potente
y el rayo de sus cóleras desprenda,
¡no haya un esclavo que servil la afrente;
no haya un cobarde que traidor la venda!

No en vil celada ó en oscura lidia
tema caer al golpe del cuchillo:
¡que con todas sus sombras la perfidia
no amenguará su prestigioso brillo!

Es poner un dogal en su garganta
consentir del faccioso el vilipendio,
que puede la facción su lumbre santa
trocar en roja tea del incendio.

La infamia es siempre igual: lo mismo un yugo,
que un Napoleón imbécil ó tirano;
¡por eso, cuando ruge Victor Hugo
aplasta la cabeza de un enano!

¡No la cubras del crimen con la pompa
que puedes suscitar sus bravas iras,
y teme que su soplo lo corrompa
porque alienta en el aire en que respiras!

Doquier la busco deslumbrar la veo,
la diestra armada con heroico alarde,
para cruzar el rostro del pigmeo
ó flajelar la espalda del cobarde.

¡Guay si la frente el opresor no humilla
porque abrir á sus pies quiera un abismo,
lo que no pudo un rey ni una Bastilla,
coraza secular del despotismo!

Ella ilumina al justiciero Harmodio,
á Byron premia con perennes palmas,
y vengadora santifica el odio,
ese roedor protervo de las almas.

Inútil fué que por fatal decreto
desgarraran su túnica de gloria,
cual sanguinarios tigres del Taigeto,
los trágicos Tiberios de la Historia;

Y en vano que el siniestro fanatismo
sueñe hundirla en vergüenza ó servidumbre;
¡quererla esterminar fuera lo mismo
que pretender del sol borrar la lumbre!

No á la gloriosa tierra americana
vino á encender rencores en el pecho,
más sí á inscribir la ley republicana
en las tablas severas del Derecho.

Fué su destino redimir esclavos
de San Martín con la legión guerrera,
y templar el acero de los bravos
en la llama del sol de su bandera.

Amparar, de su ley viendo el despojo,
á un pueblo digno de la madre augusta
que también supo desatar su enojo
contra el pendón de la conquista injusta!

Perpetua adoración, culto infinito
júrale nuestra fe rendida y ciega;
si enmudece su voz, ruge el delito;
si se ausenta su sol, la noche llega.

¡Para que al numen valerosa inflame,
cara exaltada hasta el viril encono,
lo mismo es la perfidia de un infame
que una miseria puesta sobre un trono!

Si hubo en su claro cielo un sol de Julio,
no olvides que su luz, que es luz divina,
cuando vierte un fulgor en Marco Tulio
teme artera asechanza en Catilina.

Y si el malvado iluso la provoca,
piensa que ante el dolor de los que gimen
toda la sangre del malvado es poca
para lavar la mancha de su crimen!

Podrá el suplicio desgarrar sus velos,
pero á despecho de homicida idea
aun en la noche de los torvos duelos
como antorcha de Dios relampaguea.

En la conciencia se refugia altiva
la inmole ó veje el popular tumulto,
y en cada pecho que su fe se aviva
eleva el ara de su eterno culto!

Más suspirada cuanto más arrecia
del opresor la saña vengadora,
¡cómo el que la posee la desprecia
y ¡ay! cómo luego, si la pierde, llora!

Luce áureo yelmo y clámide radiante,
como una majestad viste sus galas;
lleva en su pecho alientos de gigante
y empujes de huracán sobre sus alas.

Solo al protervo esquiva su diadema,
y es sobre el mundo en que su amor difunde
la excelsa llama que las frentes quema,
el sacro fuego que los hierros funde!

Desplegando su lábaro arrogante
cruzó la tierra y ensanchó su gloria
la democracia, Sinaí tonante
donde dijo su salmo la Victoria!

Allá va, como en ímpetu terrible
tronos aniquilando en su carrera:
como el brazo de Dios es invisible:
y como su venganza, justiciera!

¡Allá va, enardeciendo á sus campeones!...
Ha robado su hoguera á los volcanes
y tiran de su carro cual bridones
en furioso tropel los huracanes!

¡Allá va!... Por los montes aparece
anunciando los triunfos del futuro;
¡á su paso la tierra se estremece
y huye la iniquidad á su conjuro!

Y avanza con indómito ardimiento,
con la fuerza pujante de la idea:
lleva á sus pies encadenado el viento
y lo va á desatar en la pelea.

Madre que inspira celestial confianza,
levanta en su broquel á los caídos
y alimenta á sus pechos la esperanza
de eterna redención de los vencidos!

Libertad es amor, es fe encendida,
oriflama de triunfo en la muralla;
la primera promesa de la vida,
el numen tutelar de la batalla.

Libertad es la patria cuyo seno
se abre del mundo á todos los proscritos;
la patria de Belgrano y de Moreno
que hoy realiza sus sueños infinitos.

La patria de los cándidos amores
que ha desplegado, del destino dueña,
para que se constele de fulgores,
el firmamento de su azul enseña!



La Bandera

Azul y blanca, se parece al cielo;
y el sol que entre sus hojas reverbera,
como si el beso de la gloria fuera,
inspira al patriotismo augusto anhelo.

Libre ondeando en extranjero suelo
nada se opuso á su triunfal carrera;
ni el proceloso mar con su barrera
detener pudo su arrogante vuelo.

El vencedor de Tucumán la sueña
redimiendo al pasar pueblos hermanos,
inmaculada, de justicia enseña:

¡Qué así la puso Dios entre sus manos
para que fuese, al pie de la cureña,
espanto de opresores y tiranos!

La libertad llevando como ofrenda
desde el trópico ardiente hasta el estrecho,
del despotismo ante el altar deshecho
vió del trabajo levantar la tienda.

Y hoy del progreso al recorrer la senda
generosa ambición pone en el pecho,
¡que grande fué en la liza del derecho
y lo es más de la paz en la contienda!

¿Cómo no bendecirla si esplendentes
anuncian sus colores la mañana
de eterna redención para las gentes?

¡Cómo no ha de ser mía, siendo hermana
de la que un día treinta y tres valientes
hicieron invencible y soberana!

La vió nuestro pasado legendario
surgir altiva á la inmortal proeza,
y desplegar al viento su pureza
sobre las baterías del Rosario.

En ellas la inaugura temerario
el héroe de la cívica entereza;
y allí la gloria, como sol que empieza,
envuelve en resplandores su santuario.

Y si llega, argentinos, el momento
de vengar justicieros con la espada
torpe ambición ó criminal intento,

¡Sabrá vencer la patria en la jornada,
pidiendo inspiraciones y ardimiento
á la bandera de Belgrano amada!

ଓ

Ni crimen ni traición ella permita;
¡antes el rayo de su sol nos ciegue!;
y que tan sólo al peso se doblegue
de su laurel que el tiempo no marchita.

Si por Dios y la gloria está bendita
y no ostenta baldón sobre su pliegue,
¡no haya templo por santo que le niegue
el refugio de paz que necesita!

Con su epopeya de heroísmo asombra
y en noble fuego al corazón enciende
porque no fué de déspotas alfombra;

Y pues la patria majestad defiende,
¡no merece morir bajo su sombra
el que su paño sacrosanto ofende!

ଓ

Su apoteosis de honor ante el destino
finge asi mi exaltado pensamiento:
en torno de grandioso monumento
la sombra de los héroes adivino.

Le da la gloria su laurel divino
mientras la paz la mece con su aliento
y la saludan con marcial acento
las águilas del triunfo en su camino.

Su sol la lumbre del progreso absorbe,
porque es su mismo espíritu fecundo
sin valladar que su expansión estorbe;

¡Y aún he soñado, con amor profundo,
que extendía su manto sobre el orbe
como otro firmamento sobre el mundo!



Mercedes Pujato Crespo

HOMENAJE

(Prólogo del libro «Albores»)

Alta la frente, la pupila inquieta,
vivaz y centelleante la mirada,
para que alcance la gloriosa meta
le dió el numen delirios de poeta
y el patriotismo su visión sagrada.

La poesía como un sol la besa,
y si el alma le inunda en sus fulgores,
á su dulce caricia que embelesa
brota la estrofa en su verjel de amores
como una flor de encanto y de pureza.

Tiene su lira de inefable acento,
si el infortunio su ilusión deshoja,
los himnos del sollozo y del lamento;
para cada tristeza una congoja,
y una flor para cada sentimiento.

Ya el blanco lirio que en su gracia leve
recuerda siempre á la mujer querida;
ya la azucena cándida de nieve,
semejante á la fe de nuestra vida,
pura como ella y cual su aroma breve.

Hay en sus versos el rumor sonoro
de la plegaria que á los cielos sube;
y si el dolor le da nubes de lloro
será otra vez con sus ensueños de oro
como una estrella y flotará en la nube.

Como á Erina en la clásica floresta
vagar la ví por el sagrado monte.
con las sonrisas que el placer le presta,
en los labios el verso de Anacreonte
y en el tirso las hiedras de la fiesta.

Cándida alondra cuyo acento inspira,
el suave trino matinal levanta;
y cual si fuese un corazón su lira
con melodioso arrullo nos encanta
y en la ansiedad de su dolor suspira.

Mas si heroico laúd pulsa su mano
y el entusiasmo ardiente la enajena,
se diría que el sol americano
comunica á su numen soberano
fuego inmortal y majestad serena!

Y al desgarrarse de la paz el manto,
aquel denuedo que en las almas vibra
en explosiones de delirio santo
crispó su noble corazón y un canto
fué la palpitación de cada fibra.

Abeja de los áticos panales
tornó á la Patria y olvidó sus mieles;
¡para honrar nuestros épicos anales
se lanzó á conquistar nuevos laureles
al frente de sus cívicas vestales!

¡Y entonces fué cuando ciñó el civismo
su sien gentil de inmarcesible palma,
porque tuvo la fe del patriotismo
y para enardecer nuestro heroísmo
espartanas bravuras en el alma!

Después, el horizonte á sus anhelos
se ensanchó en la romántica porfía,
cuando en la cabalgata de los cielos,
cual Pegaso de luz, su fantasía
desplegaba la pompa de sus vuelos.

Por ella el mar, que con murmullos graves
oprime al buque en el gallardo flanco,
mezcla su voz al himno de las aves
y saluda en el mástil de tres naves
nuestro libre pendón azul y blanco.

¡Salve! La brisa que su frente bate
rumorea la gloria con que sueña;
¡salve el civismo que en su pecho late
ardiente como el fuego del combate
y puro como el sol de nuestra enseña!



¡Surge et ambula!

Á SANTA FE

Porque te quiso probar
en la desgracia la suerte,
supiste ser grande y fuerte
y el llanto acerbo enjugar,
pues virtudes que imitar
ofreces con alto ejemplo
aquí, donde yo contemplo
que es tu nombre la fe santa
y donde mi hogar levanta
su adoración como un templo.

Con transido corazón,
que exhalabas en tus preces,
ya apuraste hasta las heces
el cáliz de la aflicción.
Tristeza y desolación
evoca el perdido hogar;
pero ¿qué importa el pesar
si es onda que regenera,
virgen que en la primavera
te coronas de azahar?

Yo ví tu río imponente
que con embate iracundo
como la arteria de un mundo
hinchaba aquí su corriente;
y escuché el eco doliente
de la canción de sus penas
cuando en su lecho de arenas,
aprisionado titán,
se debatía en su afán
por destrozar sus cadenas.

Y ví después su raudal
otro raudal fecundando,
y ambos su espuma mezclando
sobre tu sien virginal;
y eran con ímpetu igual
dos torrentes gemidores
que al requerirte de amores
en sus brazos te oprimieron,
y ahogarte en ellos quisieron
lo mismo que dos furores.

Sombras de angustia y dolor
tu limpio cielo empañaron,
mas no la fe que heredaron
tus hijos con tu valor;
tan vivo fué aquel clamor
que sus congojas delata,
que cuando el río desata
linfas que más te cubrieron
estrellas mil sonrïeron
en sus espejos de plata.

Ellas, las que en el altar
fulguran del firmamento
como el mismo pensamiento
del que les hace brillar,
tal vez para consolar
tu corazón afligido
recordaron á tu oído
de la piedad con la voz,
que sólo se acerca á Dios
el que como tú ha sufrido.

Mas ¡ah! que un día ennegrece
tus horizontes la nube:
es la borrasca que sube
como un espectro que crece;
y cuando hasta Dios parece
que de tus hijos se olvida,
con sus raudales convida
el nubarrón á tu suelo,
y por ser llanto del cielo
es dulce como la vida.

Presiente sordo el nublado
en sus entrañas el trueno:
¡así palpitó en tu seno
el torrente alborotado!
¡así te infundió cuidado
porque su cauce halló estrecho,
pues cuando en brío deshecho
se revuelve en su prisión,
el Paraná es la pasión
que hay de América en el pecho!

Y si en tremenda batalla
muestra su enojo sublime,
nada su embate reprime
ni su poder avasalla:
¡rotos el freno y la valla,
corcel de espumas jadea,
y cuando más lo espolea
con sus furores el viento.
cobrando entonces aliento
más se retuerce y bravea!

Todo abate en derredor,
todo á su paso destroza:
el puente, el árbol, la choza
del humilde morador;
el *camalote* traidor
surge en tu río después,
descender raudo lo ves
sobre su espalda gigante,
y como alfombra flotante
tenderse luego á tus pies.

Pero de pronto sosiega
y sus ardores mitiga:
es que el titán se fatiga
tras la impetuosa refriega.
El campo y la playa anega
con tranquila majestad,
y se envuelve la ciudad
de la esperanza en el manto
porque secó el mar del llanto
el sol de la caridad.

Ella reanima al cobarde,
techo al mendigo procura,
se aviva en la llama pura
de la fe cristiana y arde;
y con generoso alarde
alza su trono doquier,
pues Dios quiso en su poder
que repartan su consuelo
los ángeles en el cielo
y en la tierra la mujer.

Feliz resurges, pues sabes
que el Paraná es el camino
por donde quiere el destino
que vuelque el mundo sus naves.
Tienes de un puerto las llaves,
te da el honor su sonrisa,
y vas al triunfo de prisa
porque el afán que te alienta
es el progreso que ostenta
la redención por divisa.

Y mientras él, en la cumbre,
como los soles irradie,
no habrá en sus dominios nadie
que intente empañar su lumbre;
ni oprimida muchedumbre,
ni superstición obscura,
porque lo mismo conjura
al déspota que lo afrenta
que al rayo que se ensangrienta
como una espada en la altura.

Para el futuro que avanza
ya un nuevo escudo has forjado
donde el taller y el arado
borran la flecha y la lanza;
y pues así la esperanza
de amor y paz simbolizas,
¡que del trabajo en las lizas
ningún afecto se trunque,
y á cada golpe en el yunque
salte un dolor hecho trizas!

No temas, noble matrona,
que humille tu poderío
volcando otra vez el río
sobre la indefensa zona:
á tu tirano aprisiona
y haz que su poder abdique
para que el triunfo publique
mirando su cautiverio
que al mal se opone el cauterio
y á la inundación el dique.

Rueden en paz sus espumas
sin que te causen zozobra,
mientras serena la obra
de tu grandeza consumas.
Brille tu cielo sin brumas,
y si se empaña, que sea
con el carbón que chispea
y en los talleres se aspira:
porque el trabajo respira
es que la fábrica humea.

¡Arriba! con fe profunda,
que el triunfo vendrá después
y no prospera la mies
si el sudor no la fecunda;
la audacia tu pecho inunda,
y pues llegada es la hora,
¡levántate vencedora
sobre tu propio desmayo,
que en el trabajo está el rayo
anunciador de la aurora!



Angela Geneyro

Sin ese amor que alegra ó nos encanta
para que penas y orfandades gimas,
al estallar el ¡ay! de tu garganta
saltó en pedazos tu collar de rimas.

Como arpa eolia en el dolor vibrando
dabas al viento tu canción serena,
porque se alivia el corazón cantando
como el esclavo al sollozar su pena.

Fuiste la flor que el céfiro marchita
y en su propia tristeza se consume;
la que el riego del llanto necesita
para exhalar su postrimer perfume.

En tu voz melancólica y suave,
llena de la emoción de tu ternura,
sentí la queja tímida que el ave
lanza al morir en su prisión obscura.

Tenías el murmullo de la fuente
que bajo el sauce su rumor prodiga,
y adormece apacible su corriente
en la caricia de la tarde amiga.

Sin un consuelo en tu dolor profundo,
sin que él comprenda tu anhelar siquiera,
ibas como proscrita por el mundo
llevando como un crimen tu quimera.

Tu vida fué la que gemir prefiere
y en sus congojas íntimas se embriaga,
como aquello que nace y ya se muere,
como aquello que alumbra y ya se apaga.

Tal vez en pos del ideal que amaste,
llena de fe, te deslumbró la vida;
pero al palpar la realidad miraste
desvanecerse la ilusión querida.

Así las glorias del ensueño humano
al soplo que las crea se deshacen;
así sucumben como tú, temprano,
aquellas flores que en el yermo nacen.

De pronto, al cierzo helado de la duda
tu candorosa fe perdió sus alas;
quedó la fuente para siempre muda;
el ave sin canción, la flor sin galas.

De lo que fué fulgor y ya no brilla,
del vaso de tu frágil existencia,
quebrándose por mísera la arcilla
se desprendió la espiritual esencia.

Y hermana de la tuya el arpa mía
dice al llorar tu prematuro vuelo:
el alba muere pero nace el día;
tu existencia inmortal está en el cielo.

El cóndor

El espacio es del cóndor que se mece
en la región de la profunda niebla,
allá, donde despierta de su sueño
con sacudida brusca, la tormenta.

Cuando ensordece rugidor el trueno
y en la nube el relámpago se inyecta,
nada detiene su potente arrojo
ni consigue pararlo en su carrera.

No teme el rayo de la nube parda
que en el abismo de la nube incendia:
él es el grande cuando en la alta cima
de su plumaje el pabellón flamea!

¿Quién de sus alas el empuje abate,
cuando la inmensidad raudo atraviesa
á través de la bruma que lo envuelve
con su larga, ondulante cabellera?

Allá va ¿no lo veis? Cómo sacude
el huracán sus alas sin que venza!
¡y cómo en vano sepultarlo quiere
del remolino en la garganta negra!

¿Qué instinto misterioso lo arrebata?
¿qué busca en medio de la noche densa
cuando desciende hasta el peñón la nube
para ceñirlo con su obscura venda?

A veces baja de la yerta cumbre,
de pronto al pico inaccesible trepa
como alado corcel que ruda azota
de la borrasca la implacable espuela.

Habitador de la montaña tiene
su nido oculto en las rugosas grietas,
donde la voz del vendaval lo aduerme
al deslizarse por las duras peñas!

Cuando desciende turbulento al llano,
plegada el ala y con la vista alerta,
monarca augusto la extensión domina
y hace de horror estremecer la selva.

Y cuando abriendo la terrible garra
la hunde en la carne de la inerme presa,
¡con qué secreto júbilo se goza
y el corvo pico le introduce en ella!

La formidable mole de granito
que de un cíclope al yunque se asemeja,
cuando en la hora de la lucha horrible
el martillo del rayo forcejea;

Mil y mil veces escuchó su paso
y detenerlo quiso en su carrera,
como envidiosa del rival soberbio
que la marca en el rostro con sus huellas.

Y cuando el sol, errante y fugitivo
al horizonte, perezoso rueda,
volcando soñoliento del ocaso
en la almohada de nubes, la cabeza;

Entonces convulsivo se estremece,
de peñón en peñón rápido vuela
y lanzando fortísimo graznido,
corva la garra, hasta la altura trepa.

De pronto le sorprende la mañana
en sorda agitación, como si oyera
horrible anuncio de tremendo estrago
del mar que se retuerce, en la ribera;

Y herido entonces del fragor del vértigo,
con sed de espacio y hambre carnicera,
en la muralla del peñón se iergue
y se lanza también á la pelea!

Él es el combatiente misterioso
que asoma entre las nubes la cabeza,
como imponiendo su altivez al mundo
que en sus delirios con sus alas sueña.

Él comprende el idioma de los astros
y en sus cifras de fuego deletrea,
y le cantan los vientos de la cumbre
en los mil ruidos de su extraña lengua.

Y si la muerte le sorprende muda
cuando aun el fuego de su entraña alienta,
¡todavía parece que sus alas
dejar del mundo la prisión quisieran!



Labor omnia vincit

Trabajo es prez, no mancilla;
de paz, visión sonriente;
única ley que no humilla
y corona con que brilla
la majestad de la frente.

Tiene un yugo que no oprime,
y con indomable brío
impaciente sello imprime,
haciendo alarde sublime
de incesante poderío...

Y al fin de cada jornada
toda conquista asegura;
que es la fe nunca domada
y la promesa sagrada
de la redención futura.

No hay barrera á su heroísmo,
ni dique á sus expansiones,
y venciendo del abismo,
junta á los mares lo mismo
que acerca los corazones.

Dice su lema: «¡Adelante!»,
y en su avanzar incesante,
sin que la carga le estorbe,
sobre su espalda de Atlante
sostiene el peso del Orbe.

Es el nuevo redentor;
y, á un tiempo, su esfuerzo bravo
rompe el yugo del error,
las cadenas del dolor
y los hierros del esclavo.

Jamás se dobló vencido
de las fatigas al peso,
que en su taller siempre ha oído
el poderoso latido
del corazón del progreso.

Y es el mundo ese taller
do uniendo todas las manos
da impulsos para vencer,
y alientos para romper
el cetro de los tiranos.

Ha llevado al cautiverio
de la ciencia su arrebol,
y ensanchando allí su imperio
debelar supo el misterio
regando soplos de sol.

Porque del alba, á la hora,
nacen la mañana y él,
á su bandera incopora,
como un símbolo fiel,
la claridad de la aurora.

En el yunque en que jadea
con aliento sin igual,
su martillo, que golpea,
es batuta colosal
del concierto de la idea.

Y en el libro, en la cartilla,
por saciar nuestra avidez,
desparrama la semilla
con que luego la niñez
nutrirá su alma sencilla.

Cauces abre á toda empresa,
al comercio entrega puertos,
y con mágica proeza,
alza edenes de riqueza
en la faz de los desiertos.

Ya del viento vencedora,
espoleando al aquilón;
ya por montes que él perfora
la veloz locomotora
va llevando su pendón.

Ya en el cálido arenal
vierte ríos de frescura;
ya levanta colosal
majestuosa arquitectura
en donde estuvo el erial.

Ya descubre su piqueta
la columna ó el frontón,
ó abre el suelo en ancha grieta,
ya buscando la áurea veta,
ya siguiendo algún filón.

Su cincel talla la arista
del diamante refulgente;
y á su golpe, en cada frente,
brota el verso del artista
ó la idea del vidente.

Y con forma siempre varia,
ya en el día afanador,
ya en la noche solitaria,
el trabajo es la plegaria
que alza el hombre al Creador.

Patria: un día tus aceros
el trabajo vió, en sus lindes,
que también fueron obreros
del derecho tus guerreros;
de la paz, tus adalides.

Trabajaron con fe austera
por romper tu esclavitud;
y, venciendo por doquiera,
pasearon tu bandera
desde el trópico hasta el Sud.

Pero más ambicionaste
que el triunfo aquel que contaste
y la paz feliz te trajo,
el que un día conquistaste
con las armas del trabajo.

Triunfo hermoso, que acrecienta
tu beldad y tu embeleso
y ante el mundo te presenta
con honor y sin afrenta,
porque es triunfo del progreso.

Por él firme alza tu mano,
libre el suelo de querellas,
la bandera de Belgrano,
donde esparcen soberano
su fulgor catorce estrellas.

Y pues, hoy, como un coloso
el trabajo en tí se expande:
abre el seno generoso,
á su impulso victorioso,
y serás más libre y grande.

Qué en su frente luce el día
su viviente poesía,
aureola más vivaz,
y es su fiesta la alegría
del amor y de la paz.



La Escuela del Progreso

Para el doctor FRANCISCO FERREYRA.

I

Ayer, en la mañana de la vida,
¿qué hablaba al hombre el rastro rutilante,
surcando la extensión desconocida
cual lágrima de Dios, triste y errante?;
¿qué el valle, el río, la pradera, el monte?
la luz con que el crepúsculo colora,
bajo el éter que arde,
de indeciso matiz al horizonte,
cual si atenuase su carmín la aurora
en las pálidas rosas de la tarde?;
¿qué el mar, corcel que se revuelve ciego
condenado á perpetua servidumbre,
y del volcán el surtidor de fuego
que al estallar empenachó la cumbre?

Hablaban á su espíritu infecundo
del arcano sin luz de la existencia,
mientras gemía con afán profundo

porque asentaban con igual violencia,
la sombra su dominio en la conciencia,
y la fuerza su imperio sobre el mundo!

Pero llegó la hora
en que irguiendo la frente pensadora,
donde el ensueño á aletear empieza,
clavó el hombre en el cielo una mirada
con la vaga ansiedad de su tristeza;
sintió del sol la fuerza creadora,
por su soplo á la atmósfera abrasada,
y de Dios entreviendo la grandeza,
le confió el labio, el débil balbuceo,
su fe primera y su primer deseo.

Deshecho de la sombra el velo frío,
se encumbró la razón; con alto acento
difundió de la luz el poderío,
y entonces en el alma el pensamiento
brotó como una flor bajo el rocío.

Y al hombre en ese instante
habláronle de Dios por vez primera
el astro rutilante,
la selva al sacudir su cabellera
que á la mañana se adornó de flores,
el volcán agitando su cimera
y la lira del mar con sus rumores.

Y cuando el alma en oblación sublime
la excelsitud de la verdad revela
y al corazón de la impiedad redime,
fué el primer templo la primera escuela!

II

Escuela donde un día,
como se llega al templo sacrosanto,
llegué para nutrir la mente mía
de ciencia y de verdad: si oyes el canto
que á tu grandeza elevo,
no el vuelo admirarás de excelsa idea;
con pálido fulgor mi mente crea
y ése es fulgor prestado: te lo debo.

Si en medio de los mares de la vida
y del error entre la densa niebla
tu luminar no fuese
la estrella bendecida
que desgarra el crespón de la tiniebla;
y el hombre no siguiese,
enamorado de tu luz hermosa,
la senda que marcaste á su esperanza,
¡el mismo mar que á dominar se lanza,
como nave á merced del oleaje,
hundiérala en su sima pavorosa,
tras breve embate rudo,
al azotarle el huracán salvaje
contra la frente del peñasco mudo!

Tal la existencia: férvido oceano
que el hombre con ardiente
y denonada fe surca temprano,
cuando aun no brilla el sol en el oriente.
¿Qué le dice, incansable peregrino,
la queja de las olas y del ave?

Que el puerto está lejano
y la borrasca duerme en su camino;
pero él avanza sin cesar: ¡no sabe
que pronto abatirá su orgullo vano
la caricia traidora del destino!

Mas tú consigues en la mar bravía
con la que el hombre á combatir se atreve,
mostrando á su ideal un cielo abierto,
salvar la nave del escollo aleve,
y anunciarle la paz y la alegría;
que tú le indicas el camino cierto,
pues si es tu faro la verdad, tu guía
es la razón y el porvenir tu puerto!

Por tí libre, en la mente,
de las ideas el raudal desborda
y el universo á su poder inclina:
que la idea, lo mismo que el torrente,
surca la tierra, la extensión domina,
y con inmenso estrépito que asorda
temblar los mundos á su paso siente!
Y ¿qué importa si el triunfo la vindica,

y el mismo sacrificio la corona,
que cuando en tí la humanidad predica
esa idea que errores desmorona,
el odio del hipócrita ó del falso
para cada verdad ierga una pica
y para cada apóstol un cadalso?

La iniquidad crüenta
del mártir acrecienta
la fe abnegada y el valor tranquilo;
y cuando un dardo disparó violenta
á la razón la vieja idolatría,
y llegó al crimen á manchar tu asilo,
fué más grande el suplicio de Hipatía
que el frenesí demente de Cirilo!

Sin más armas que el libro en el combate
con el error y el fanatismo en guerra.
de ambos el yugo tu pujanza abate,
¡y si no pueden resistir tu embate
no han de impedirte conquistar la tierra!

¡Error y fanatismo!
Escarnecidos siempre se miraron
por su encono la ciencia y el progreso,
y en abandono secular lloraron
de su opresión tirana bajo el peso.
¿Que ambicionó su bárbaro egoísmo?
Helar en la conciencia el anatema
con el miedo que engendra el despotismo:
y cuando hirió la frente pensadora,

sin extinguir la chispa que la quema,
y enmudeció en los labios el reproche,
la libertad, que es hija de la aurora,
cedió su imperio á la infecunda noche
y á los tiranos su imperial diadema!

¡Mas no del pensamiento,
aunque esgrima un puñal en su demencia,
la vil superstición pudo un momento
amenguar la inefable refulgencia!

¿Quién su fanal empaña?
¿quién hasta el cielo á derribarlo sube?
Sol, los espacios baña,
y se parece al fuego que en la nube,
rojiza tea del incendio aciago,
palpita calcinándole la entraña
como si fuese el feto del estrago!

¡Fuera lo mismo que intentar del rayo
detener la centella fulgurante!
¡Sacude el pensamiento su desmayo
y avivando su eterno centelleo
en el incendio de la nube obscura,
fulminará la frente del pigmeo
como el rayo que baja de la altura!

III

¡Los tiempos son de luz! ¡Es la revancha
de la verdad! El pensamiento humano
como un monarca su dominio ensancha

y doquiera se encumbra soberano.
Ni le alcanza el fanático anatema
ni del error al yugo se esclaviza,
que en la edad que el progreso inmortaliza
invocando la fe no se blasfema,
ni en nombre de la cruz se tiraniza!

En tí gloriosa á la razón contemplo
hundir el cetro de la fe vetusta:
¡mercader de la ciencia es quien pretende
escarnio hacer de tu misión augusta
cuando en tu noble templo
á la mentira la conciencia vende!

Furia insensata contra tí conspira;
mas deja que el falsario
mientras el amor que la verdad inspira
cuando en su luz se anega el pensamiento
que el alma el eterno visionario!
¡Ay del que en loco intento
herir de muerte á la verdad procura!
¡La verdad se agiganta en su Calvario
y ahogar no puede su divino acento
el místico dogal que la tortura!

¡Adelante! Ya asoma
de la razón la claridad fulgente
que ahuyenta los espectros del abismo,
y con clamor doliente
sobre la tumba del error desploma

su losa secular el fanatismo!
Y avanza sin cesar, siempre adelante,
que si ayer, anunciando la mañana,
era como la aurora vacilante
porque asechaba la traición su paso,
hoy, redimiendo á la conciencia humana
como un sol brilla, sin tener ocaso!
Ese tu grito sea,
que ¡adelante! por tierras y por mares
del progreso repitan los acentos;
esa palabra en tu pendón se lea;
que la lengua sonora de los vientos
la lleve á los hogares,
y que te diga el fanatismo ¡atea!,
porque erigiendo á la razón altares,
no sacrificas á la fe la idea!

Escuela y libertad! Nombres preclaros
de lo más grande que la mente anida;
donde alumbráis como celestes faros
se alzan los pueblos que en la sombra duermen,
y se agita en su entraña estremecida
de una gigante creación el germen!
Sois los fecundos senos
donde el progreso amamantó su vida;
¿quién vuestros nombres, de grandeza llenos,
pronuncia irreverente,
si vuestra excelsa majestad que humilla
hace doblar al déspota la frente
y á la ciega ignorancia, la rodilla?

IV

Mas no sólo trasuntos
del templo y del hogar al mundo diste,
que en tí se miran juntos,
como el trofeo que mejor prefieres,
el libro y el martillo que fundiste
del trabajo gigante en los talleres.

Allí también combates, cuando esgrime
el brazo del obrero el hierro fuerte
y lo descarga sobre el yunque inerte,
que se parece á un corazón que gime
al recibir el golpe de la suerte!

¡Y sabes que mañana,
de las industrias al fecundo riego,
saludarán la redención humana
del yunque la cadencia soberana
y de las fraguas el pulmón de fuego!

Tu misión es de paz; tras largo lapso
brilló sobre tu cielo la esperanza;
ni en tí la muerte sus clamores lanza
ni ciñes á la frente del relapso
el sangriento laurel de la venganza!

El pensamiento es rey en tu dominio,
que de las manos al quitar las teas
abolías el bélico exterminio.

Tú con el pensamiento enseñoreas
de la montaña del saber la cima;
águilas son en ella las ideas
que de la altura la ascensión emprenden;
tuyo el acento que su vuelo anima;
    y si raudas descienden
¿qué buscan, despeñándose en el fondo
    del precipicio mismo,
    donde el peñón salvaje
que se iergue ceñudo á la distancia,
parece la protesta del abismo
contra el libre pendón de su plumaje?
¡Van á turbar el sueño á la ignorancia
y á llevarle ¡oh Escuela! tu mensaje!

La libertad te inspira, mas no es eierto
que por tí la razón se encumbre loca
si en medio del humano desconcierto,
perdido el rumbo del ansiado puerto,
como corcel sin freno se desboca.

Si el orden la razón busca y consigue,
predicar la razón no es tiranía;
ni reniega de Dios el que la sigue
ni á la infeliz humanidad engañas
llorando de la paz en la agonía,
hoy que abortan del crimen las entrañas
el engendro feroz de la anarquía!

Tú rechazas las bárbaras violencias
y arrancas el puñal á los precitos;

porque son tus anhelos infinitos
la igualdad que nivela las conciencias,
y el amor que confunde á los proscritos!

El porvenir te llama con su acento;
diéronte la razón su poderío
y su noble ardimiento
del alma los ensueños seculares,
para saber que es mar nuestro albedrío
y que tiene ese mar sus valladares.

Si una ley á la par tirana y pía
la voluntad del hombre no rigiese,
y su dique la cólera bravía
del desbordado mar no contuviese,
de las pasiones suelta la jauría
vierais lanzarse á la caliente arena
y enfurecidos devorarse luego,
cual tigre hambriento y sanguinaria hiena,
la sórdida ambición y el odio ciego!

V

Tu inagotable corazón se inspira
por un candor angélico, la infancia;
redime á una indigente, la ignorancia;
combate á un monstruo horrendo, la mentira.
Tienes un odio, el del error siniestro;
un amor, el que al niño tú inculcaste;
un templo, el que á la ciencia levantaste;
y una fe, la enseñanza del maestro.

Proteges la virtud porque es doliente;
repudias la impiedad porque mancilla;
ensalzas la humanidad porque se humilla;
abates la ambición por prepotente;
y llamas á beber en clara fuente
al que en infame ciénaga se envicia;
la caridad enciendes en el pecho,
y haces triunfar del dolo á la justicia
cuando á la iniquidad tu acento hiere,
pues sabes que el derecho
sólo se niega al que negarlo quiere!

¡Oh! patria mía, que custodia inmoble,
cual centinela de tu honor, el Ande,
no los marciales símbolos prefiere,
que si afianzar la integridad es noble
fundar escuelas al progreso es grande.

Su lozano vigor el pensamiento
derrame en ellas, cual potente savia,
y elevará grandioso monumento
al ensueño inmortal de Rivadavia
y á la visión del genio de Sarmiento!

Ni á la superstición dobles la frente
ni tregua des al fanatismo insano;
y si quieres la mies ver floreciente
no manches con la sangre del hermano
el surco donde arrojas la simiente.

Escuela de la paz, dulce y serena,
en tí la sombra del hogar se inicia;
en tus brazos estrechas al progreso
como una madre cariñosa y buena,
y él te devuelve la inmortal caricia
al estampar sobre tu frente un beso.
Cuando deshecha la postrer cadena
afloje su eslabón el retroceso,
la humanidad, por fin regenerada
en el bautismo de tu luz bendita,
dirá su salve á la razón sagrada,
y aumentará el acero de la espada
las cuerdas que la lira necesita
para cantar tu triunfo en la jornada!



FUEGOS FATUOS

ZIGS-ZAGS

Fuegos fatuos

A CHARITO.

I

No hay un ritmo en el harpa del cielo
 que no me repita
 tu nombre querido;
que las cuerdas hiriendo del harpa
 no baje y suspire
 tu nombre á mi oído.
No hay un ángel acaso en el cielo
 que el cielo por verte
 no hubiera dejado;
ni en su trono de luz, una estrella
 que no haya al mirarte
 de envidia llorado!

Yo no sé lo que siento en el alma,
 si allá en mis insomnios
 tal vez te bendigo,
que parece que escucho tus pasos
 y sueño que llegas
 y que hablas conmigo!

Yo no sé cómo puedan los hombres
llamar á este anhelo
donde hundo mi calma;
¡y explicarme no sé cómo puedes
vivir en la tierra
viviendo en mi alma!

II

Me llamó en el insomnio del delirio
buscando de la luz el rayo incierto;
como un pálido lirio
el ángel de mi amor desfallecía.
Mi labio estaba yerto
y en él murió de frío la respuesta
cuando con débil voz, en su agonía,
la oí que murmuraba todavía:
- ¡oh, Dios, ¿Dónde estará que no contesta?

Quedó el recinto silencioso, mudo,
sin claridad la palidenta lumbre;
herido del dolor al golpe rudo,
llena el alma de cruel incertidumbre
me aproximé hasta el lecho:

Habla - la dije con amor, — despierta,
que aquí estoy, vida mía... »
¡Y en su caliente pecho
el mustio corazón ya no latía,
y la volví á mirar... y estaba muerta!

III

A JOSÉ CIBILS.

Ya se muere, en el lecho rodeado
de cortinas blancas,
como perla en el seno de nieve
de una rosa pálida.

En mi rostro, que enferma el martirio
rozando sus alas,
posó luego, por vez postrimera,
su triste mirada.

Yo no sé qué impulsión misteriosa
arrastró mi planta,
ni qué fuerza juntó con los míos
sus labios de escarcha.

Fué diciéndome: «Adiós... hasta el cielo»,
se puso muy pálida,
la preciosa cabeza volcando
sin vida, en la almohada.

Y al oirse de un beso el crujido,
resonó en la estancia
como el suave aleteo de un ángel
que el mundo dejaba!

IV

Busca el ave su nido
y la tórtola busca la enramada
y mi estrofa la cárcel de tu oído
y el náufrago la playa suspirada
y el soñador la gloria prometida,
y yo busco la luz de tu mirada
para encender la noche de mi vida!

Yo si te quejas con tus quejas lloro,
y en tu suspiro el corazón suspira,
y cuando sufres la piedad imploro
del que en el cielo por tu amor delira;
el bardo soy que tu belleza canta
si á veces pulsa la olvidada lira,
y bendigo la huella de tu planta;
y sin que nada mi ansiedad mitigue
en esta noche de mi fe perdida,
¡yo soy la sombra que doquier te sigue
y que te besa cuando estás dormida!

V

En las manos la lira andaluza
que al pulsarla de amor se estremece;
y en el alma del bardo querido
la estrofa esplendente,
como nido de luz que la idea
en el árbol del alma entreteje;

pensamientos que suben al cielo
porque son de la patria celeste,
de un poema de locas ficciones
del cerebro en las mallas el germen,
y mezclados con llanto y con sangre
el insomnio, el dolor y la fiebre...
¡yo conozco la lira andaluza
y el alma de Bécquer!

VI

Cuando las áureas mariposas lleguen
á tu balcón, inquieta y afanosa
una verás en giro enamorado
seguirte presurosa,
como á la luz el torbellino alado;
para imprimir sobre tu faz su huella
volará á tí la mariposa aquella.
Quiero, gentil señora,
un ruego hacerte ahora:
no le des irritada
pena ó muerte traidora
con mano despiadada.
Disimula el agravio,
si tu piedad no olvida
que mi amor va en la errante veleidosa
á libar en el caliz de tu labio
el néctar de su vida...
porque mi amor es una mariposa.

VII

Ibas á suspirar, dulce embeleso,
y yo que muero si tu encanto admiro
cerré tus labios con mi ardiente beso
y se adurmió en tu pecho aquel suspiro.
Tu seno como un lirio se agitaba
á la brisa de amor que difundía
cálido el beso en que mi ser te daba;
y al sentir que mi vida se exhalaba,
—¡Quién el suspiro tuyo,
pudiera ser —me dije conmovido,—
y allá en tu corazón, como en un nido,
adormirse de un ósculo el arrullo
al perpetuo rumor de su latido!

VIII

Es la luz de mi esperanza,
mi más santa inspiración,
es idea en mi cerebro
y hoguera en mi corazón;
en los días del martirio
resplandece como el sol,
y en las alas del recuerdo,
á los ecos de su voz,
tórnanse en nada mis dudas
y hasta llego á creer en Dios.
La miré absorto una tarde
llena el alma de emoción,

y al decirle en mis miradas
lo que nunca el labio osó,
ví en su faz desvanecerse
cual fantástica visión
la blancura de los lirios
á los tintes del rubor.
  Ella vive en este mundo
y en el mundo de mi amor;
me borró de su memoria,
se olvidó de mi pasión,
corre sangre por sus venas
y no tiene corazón!

IX

Te amo como se ama la luz del claro día,
como ama el ave el nido y el céfiro á la flor;
como ama el inspirado los sueños de la gloria,
con todos los sentidos, con todo el corazón.

Purísima azucena del valle de mi vida,
yo amaba tu hermosura tu hechizo encantador
y conmovida el alma, se despertó á tu arrullo
para cantarte el himno de mi infinito amor.

Desecha para siempre la duda dolorosa,
la paz de mi existencia no turbe tu ficción;
tú sabes que te adoro con ciega idolatría
y que es tan sólo tuyo mi ardiente corazón.

EN UNA TERRAZA

(Del portugués, de Luis Guimaraes Junior)

Cual las palomas van mansamente
en ronda unida por el ambiente,
cuando declinan las tardes calmas,
al perfumado nido caliente,
tal nuestras almas.

Nuestras almas vagabundas
de otra tarde á los reflejos,
blancas aves errabundas,
van en giro enamorado
á posarse allá lo lejos
en las nubes del pasado.

CALDERÓN

Si es quimera el ideal
y los sueños sueños son,
como dijo Calderón
en su poema inmortal;
¡salve el genio colosal!

Que pasmo causa á la Historia,
y que al legar su memoria
cruzaba el mundo soñando,
para despertar cantando
en el cielo de la Gloria!

Á ESPERANZA

Ya en el bronce la memoria
consagras del Vencedor;
que en el bronce da mejor
su clarinada la gloria;
y pues faltaba á tu historia
del prócer el monumento,
¡retempla en él tu ardimiento,
que el alma del bronce inerte
te ha de hacer más grande y fuerte
infundiéndote su aliento!



ZIGS-ZAGS

·•·

I

¿Qué es el amor? Lo ignoro:
cuando recuerdo el mío sufro y lloro;
que el amor, para mí que te amo tanto,
es un placer con lágrimas de llanto.

II

Consiento en perdonarte por hermosa,
pero por buena y santa es otra cosa;
si Dios bella te hizo,
claro que irás por bella
pero nunca por santa al paraíso.

III

En la noche sin fe y sin esperanza
de esta vida infeliz que se derrumba,
sólo una luz me alcanza;
es la idea del mal, cuando ella alumbra.

IV

La inspiración, la gloria!... anhelos vanos,
ansiedad de volar siendo gusanos!

V

Fué mi pecho un baluarte,
y el orgullo contra él vino á estrellarte.

VI

Cuando á mi lado pasas, me prosterno
¡y sufro los martirios del infierno!

VII

Yo sé el rencor injusto que me tienes,
y te amo tanto que amo tus desdenes.

VIII

Sólo una vez me hablaste,
y con una palabra una tan sólo,
pensativo por siempre me dejaste.

IX

¿Que aunque la suerte contra mi se encone
deba ¡oh Dios! perdonarte? lo concedo;
mas ¡ah! ¿que te perdone
porque me has dado corazón?... No puedo!

X

Los dos irresponsables, convinieron
que más tarde sería, y ya de noche
impunemente el crimen cometieron.

XI

Dejó Pascal escrito
que ignorancia y saber se dan la mano;
pero olvidaba el pensador cristiano
que es el saber un círculo infinito.

XII

Sin el amor ¿qué fuera
del alma entristecida?
Lo que del cielo sin la luz primera
que dió á los orbes movimiento y vida.

XIII

En lucha desigual, valiente y noble,
jamás cobarde desmayar me has visto:
yo me iergo en la cumbre, como el roble,
y el huracán de tu pasión resisto.

XIV

¿Por qué Dios quiere, á la justicia ajeno,
que goce el malo y que padezca el bueno?

XV

Tu corazón un vaso parecía
de mil deleites y dulzuras lleno;
yo bebí de sus bordes la ambrosía
y allá en el fondo sorprendí el veneno.

XVI

Muchos caminos hay, á lo que arguyo,
que llevan al amor por varios modos;
para alcanzar el tuyo
yo he recorrido todos.

XVII

En tus ojos, bien mío,
con lágrimas miré, y al recogerlas,
como en la flor la gota de rocío,
se convirtieron en mi mano en perlas.

XVIII

Es tan santa esta santa criatura,
que sólo atiende á lo que dice el cura.

XIX

Honor, palabra vana,
el gran bufón de la comedia humana!

XX

Las rosas se secaron
que tu seno ostentaba;
en ellas los gusanos se anidaron,
y recuerdo que ayer las envidiaba.

XXI

Juzgo que el gran problema, á lo que infieres,
es descubrir la edad de las mujeres.

XXII

Vencido gladiador, rompo mi escudo,
y al caer en la arena te saludo.

XXIII

No sé si esto es manía ó desatino,
más tanto te he cantado en verso libre
que ya resulta el verso libertino.

XXIV

Si detrás de la cruz está el demonio,
¿qué habrá tras de la cruz del matrimonio?

XXV

Dos que se quieren bien, glorias se dicen
y en momentos de ocio se maldicen.

XXVI

Aunque parezcan crueles,
por tus labios al pasar, las ironías,
en lugar de amarguras vierten mieles.

XXVII

¿Que me odias aún? No me acomodo
á darte la razón: te amé inocente
y en este caso Dios perdona todo.

XXVIII

Nuestro amor fué un poema, amada mía;
tú el mejor madrigal, yo la elegía.

XXIX

Dicen gentes traviesas
que el candor de otros años has perdido
desde que con el cura te confiesas.

XXX

No dudes, pues los versos tú condenas,
que haya, según Platón, mentiras buenas.

XXXI

Olvidado de Dios y de los hombres
yo blasfemé de todo, y no te asombres:
que fué mi amor tan grande y tan ardiente
que para amarte más torné en creyente.

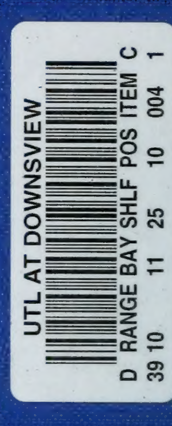
XXXII

¿Qué morir es terrible?
Ah! vivir sin creer es insufrible!

XXXIII

Te aseguro, y á fe de competente,
que no se ama una vez impunemente.




UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 11 25 10 004 1